

E L   D Í A

E R A   S'Ó L O

U N   R E C U E R D O

Pieza en dos actos  
por

C. E. Zavaleta

Lima, 1981

Había sido menester ponerse en  
regla con la noche: la belleza  
del día no era más que un recuer  
do.

Albert Camus

## Escenario

Escenario dividido en compartimientos a derecha e izquierda, además de arriba y abajo. Cambios sucesivos de una escena a otra, buscando el contrapunto de ambientes serranos y costenos, pero evitando cuidadosamente el realismo.

Pueden usarse cámaras negras, con los muebles y la utilería variable.

Época: comienzo de la década de los sesenta.

Lugares: Lima y la sierra de Ancash, en el Perú.

## Personajes

PRIMITIVO (mestizo e indio)

SEÑOR CANCHIS, padre de Primitivo

CLARA

GONZALO

SEÑOR y SEÑORA SEGOVIA, padres de Clemencia y Pablo

CLEMENCIA

PABLO

TIBURCIO (indio)

SUBPREFECTO (mestizo e indio)

DON JUSTO y DON BONIFACIO, hacendados

OBrero, NIÑO, ALUMNA, DECANO, PROFESOR RAYMOND y otros personajes menores.

5

A C T O    P R I M E R O

Escena 1

Una salita muy modesta en casa del OBRERO. Apenas éste entra para sentarse y leer el diario, el NIÑO irrumpe siguiéndolo, lápiz y papel en mano.

NIÑO.- ¡Papá, por favor, si todavía no he terminado! ¡Me dejes con la palabra en la boca!

OBRERO.- Creí que todo estaba aclarado. Ahí tienes el diccionario ése, ¿cómo se llama?, el de la encíclica...

NIÑO.- ¿Quieres decir el enciclopédico?

OBRERO.- Sí, lo sabes muy bien. ¿Para qué te lo compré si no es para usarlo? Miles de soles tirados y a plazos, después de mucho sudarlos, y encima tengo yo que hacer tus tareas. No, señor, estoy muy cansado.

NIÑO.- Es que ahí no hay lo que busco, papá, no me oyes. Fíjate en la pregunta: "¿A quién llama usted indio? ¿Es un concepto étnico o cultural? ¿Esté usted de acuerdo en que el indio sólo tiene su entorno en la sierra o se proyecta a todo el país? Ponga ejemplos".

OBRERO.- Bah, déjame tranquilo. También tienes el otro diccionario chiquito, el que no es de la encíclica (ríe). Ya sé que no se dice así, pero me gusta. ¿Por qué no ves ahí "entorno"? Te juro que no lo sé; franco, hijo, no miento.

NIÑO.- Ya miré, papá, ¿crees que soy tonto..? Entorno o medio ambiente es lo mismo. Pero ése no es mi problema.

OBRERO.- Ah, caramba. ¿Y entonces cuál? En mis tiempos yo

no podía comprar libros ni menos diccionarios; pero tomaba apuntes de las tonterías que decían los maestros, y así no me agarraban en nada. Porque les gusta hacer sus preguntas rebuscadas ¿no?, de esas en que tú no piensas y que en los libros aparece en letra chiquita. Y ahora déjame leer el periódico. El partido estuvo muy bueno.

Niño.- Pero el Chueco Montoya no nos dejó tomar apuntes. Nos vende su libro a la fuerza.

Obrero.- ¿Ese libro dedicado "a mi divina madrecita que partió al cielo, llevado por el caballo chúcaro de la muerte"?

Niño.- El mismo, y su sobrino el Moco Frío nos lo vende, a plazos también, claro, y al que no compra lo bochan.

Obrero.- A ese huachefo no debieras responderle ninguna pregunta.

Niño.- Es fácil decirlo, pero la primera clase me toca con él.

Obrero.- Bueno, veamos, ¿a quién llama usted indio? (ríe). Indio de mierda, deberíamos decir. ¿Te acuerdas de mi compadre Eladio? Ese no podía ver a los serruchos.

Niño.- Sí, les llamaba Pelo Crudo y según él tenían olor a rodilla, que es el encuentro del olor a pezuña y a poto.

Obrero.- ¡Jé, jé, pero besta, muchacho malcriado! ¿Con que eso aprendes en el colegio..?

Niño.- ¿Quién tiene la culpa? Tú empezaste.

Obrero.- Vamos a ver, dijo un ciego. Para mí, indio es el que vive en la sierra y habla quechua y no usa nuestra ropa.

Niño.- ¿O sea que indio y serrano son sinónimos?

Obrero.- ¿Sin qué..? ¿Sin énfasis, algo así como sin ganas? ¡Contra, por si acaso! Me hablas como si yo fuera tu compañero. Recuerda que no pasé de segundo de primaria. ¡Pero nunca les he tenido de hambre a tu madre ni a ti! ¿Sí o no?

NIÑO.- Oh, te vas por las ramas. ¿Y qué sucede si los indios vienen a una hacienda? ¿Por cuánto tiempo siguen siendo indios? ¿O dejan de serlo ahí mismo?

OBRERO.- Debiera haber una ley que les impide venir. Que se queden en sus chacritas. Aquí no hay comida para todos.

NIÑO.- El maestro dice que el hacendado serrano se cree blanco, pero que el limeño lo ve como si fuera indio. ¿Quiere decir que el indio es el más influyente de los dos?

OBRERO.- ¡Vaya pregunta! Los hacendados son los pelogrueros de allá, pero, sí, es cierto, tienen el mismo olor a rodilla y los mismos pelos crudos...

NIÑO.- Papá, estoy hablando en serio. Un hacendado, dice mi libro, es el dueño de la hacienda, unidad económica donde no se ha aplicado todavía la reforma agraria y cuyos trabajadores son peones o campesinos o arrendires o yanacunas o partidarios, según el contrato de trabajo que...

OBRERO.- ¡Pucha Diego! ¿Y si tanto sabes para qué me preguntas? ¡Váyase, muchacho malcriado!

NIÑO.- No sé diferenciar eso de étnico y cultural. Pensemos, sólo de mentira, que un hacendado fue criado en su niñez como un indio pequeño, así, de mi edad, y que luego creció y se transformó en un pelogruero. ¿Eso quiere decir que nunca fue indio o que ya dejó de serlo?

OBRERO (riendo).- Indio de mierda una vez, indio hasta la muerte, hijo mío... Bueno, sin bromas. ¿Dónde se ha visto un indio hacendado? El Chueco Montoya es un idiota si hace esas preguntas. Estén más fregados que nosotros, hijo... Mira, el nuestro dicen que fue un gran país, aquí hubo un imperio, y en las fotos de diarios y en libros y el cine sacan orgullosos las ruinas de Machu Picchu y todo eso: una diferencia como del día a la noche; pero, aparte de que la historia, como el papel, lo aguanta todo, ¿qué

son los indios hoy día? Están caídos, pobres y zarrapastro-  
 sos. ¿Por qué no te preguntan en la escuela por los obreros?  
 Somos nosotros los que llevamos a costas el país y ganamos  
 menos que nadie, en comparación con nuestro trabajo. ¿A ver,  
 por qué Montoya no hable de nuestras luchas, dentro y fuera  
 del sindicato? Te diré por qué: nos tienen miedo, por eso, y  
 a los indios no, porque son sumisos y no se rebelan... ¡Eso  
 es, nos tienen miedo, empezando por tus maestros..!

Niño.- Oh, papá, te sigues yendo por las ramas. (Oscuridad).

## Escena 2

Paraje serrano, desde donde se otea un caserío. PRIMITI-  
 VO, GONZALO y CLARA con trajes costeños, alguno con pantalones  
 de montar. La MUJER y el MUCHACHO son lugareños pobres.

MUJER.- La que sabe es la mamá de este chico, pero le oí decir  
 que la tumba estaba por acá.

MUCHACHO.- Ella ha salido; volveré por la tardecita.

PRIMITIVO.- ¿Pero no hay ninguna merca, un árbol, una cruz,  
 nada? Comprendo que todos estos años estuviera prohibido re-  
 cordarlo, pero las cosas han cambiado un poco y hay que apro-  
 vechar estas vacaciones de amnistía y libertad que nos da el  
 Gobierno. Pronto volverá la dictadura de todos los días.

CLARA.- Parece mentira, un rebelde como él y muerto hace ape-  
 nas dos años, y nadie da con su tumba.

MUJER.- Pero ni cree que lo hemos olvidado, señorita. Por to-  
 do Urcón, Yanc y Tarica, y al otro lado, por Sihues y Pom-  
 bomba, hay gente que no cree que ha muerto.

GONZALO.- Pienso que el sitio de la tumba debemos elegirlo no-  
 sotros; después de todo es un símbolo, y tanto da unos metros  
 más o menos. No se trate de agrimensura sino de un homenaje.

Sé que se llamaba Tiburcio, pero ¿qué más? No nos queda ni su apellido.

PRIMITIVO.- Es que incluso en la sierra no reparamos en el apellido de los indios. Suponemos que no los tienen. Yo lo conocí desde niño y trabajé en mi casa, pero no lo recuerdo. Quizá no lo escuché nunca, ni siquiera a él mismo. Y además, los nombres de los indios parecen puestos con mala fe: Eustaquio, Hermenegildo, Torcuato, Sandelio, Alipio...

CLARA.- Los grandes héroes sólo tienen un nombre, feo o no, es lo de menos. El apellido no interesa. Respecto a la tumba, pensándolo mejor, ¿no podríamos esperar un poco, hasta que venga la mamá del chico? Tal vez ella nos dé alguna pista. Estoy de acuerdo en respetar la tradición oral inclusive en pleno siglo XX, pero quizá demos con un dato más concreto, más fiable.

PRIMITIVO.- Muy bien, sentémonos a esperarla. Lástima que olvidé mi cantimplora de cognac. Nos hubiera venido de perilla con este frío.

MUJER.- Aquí les he preparado fiambre, señor. Cancha, cuyes fritos, una tapa de chancaca para el soroche, un termo con café...

GONZALO.- ¡Esto es un banquete! ¡No hay como la hospitalidad de la sierra..!

MUJER.- Y de los pobres, señor.

CLARA (estalla, riendo).- No se preocupen por el combustible. Tengo una botella guardada en la cartera. Como sé del pie que ustedes cojean... Mira, mira, las caras que habían puesto...

GONZALO.- ¿Qué haríamos sin ti, Clara? Oye, Primitivo, tú que conociste a Tiburcio y que nos has animado a este viaje, ¿crees que que de veras fue un líder, que tenía consciencia de su lucha, o sólo un pequeño producto de las circunstan-

cias?

CLARA.- Sí, Primitivo, ¿cómo era él..? (Absorto en sus pensamientos, Primitivo no responde). No nos oye. Se ve que todavía extraña a Clemencia; le hubiera gustado traerla aquí con nosotros, aunque ella hubiera desentonado, claro, es harina de otro costal... (Oscuridad).

### Escena 3

Vestíbulo de la casa de los SEGOVIA, familia de alta clase media. Marido y mujer son todavía jóvenes. Ambiente de mal gusto, a pesar del dinero gastado en la decoración. Por las paredes hay buenas reproducciones de malos cuadros. CLEMENCIA da un grito y rompe en sollozos.

CLEMENCIA.- ¡Pablo, basta ya!

SEÑOR SEGOVIA.- ¿Qué modo es ése de hablar a tu hermana?

PABLO.- Sólo repito tus palabras, papá. Dijiste que era un tipo feo, seboso y trinchudo. Claro, hoy no te acuerdas.

CLEMENCIA.- ¡No importe cómo sea él, sino cómo me molesta a mí que ustedes me lo recuerden a cada instante! ¡Y pensar que no puedo largarlo sin más, y que me atrae oscuramente la idea de someterme a él! ¡Sí, me domesticaré yo misma, pero sin los sucios comentarios de ustedes!

SEÑOR SEGOVIA.- Serán los de Pablo, no míos.

SEÑORA SEGOVIA.- No hagas caso a tu hermano, hijo. Primitivo no será un mozo guapo, pero sí un hombre serio y trabajador, y tendrá una posición aún mejor que la actual cuando herede las haciendas de su familia. Al verlo, yo también sentí al principio un reparo físico, de esos inevitables; pero he conversado horas con él, mientras ustedes se escondían adentro, sin ganas de ver al hombre feo, seboso y trinchudo, a quien debemos atenciones y regalos. Vamos, Clemencia. Tu padre y Pablo están muy celosos: si te casas se les irá la compañerita. Eres tú la que

debe pensar en su futuro y no ellos. Y si te parece bien aceptarlo...

PABLO.- Aún no; todavía no ha terminado con Mario.

SEÑOR SEGOVIA.- Tienes razón, aún no puedo aceptarlo.

SEÑORA SEGOVIA (hacia PABLO).- Sí, Mario, Mario, tu gran compinche de fiestas y jaranas. Hasta los metieron juntos en la comisaría.

SEÑOR SEGOVIA.- Vamos, fue por una mataperrada.

SEÑORA SEGOVIA.- Por no pagar después de emborracharse.

PABLO.- Bah, hacer el perromuerto nunca pasará de moda, eso está en la médula del joven peruano, es algo consustancial...

SEÑORA SEGOVIA.- ¿Y chocar los autos y llamar de madrugada para que te saquen libre, también es consustancial?

PABLO.- Es una aventura más que recordaré feliz cuando llegue a viejo, esto es, si me decido a ser viejo, porque hay formas de no envejecer nunca...

SEÑOR SEGOVIA.- No me vengas con eso; me metiste el cuento de la doctora Asland, te di el dinero y me trajiste unas inyecciones que, te confieso... ¿No las habrás falsificado, verdad?

PABLO.- ¿Es que no seguiste todo el tratamiento.., por tacaño!

CLEMENCIA.- ¿Tacaño, y le sacaste diez mil? ¡Ojalá me diera eso a mí para un vestido!

SEÑOR SEGOVIA.- No te quejes, mujer, la gente inteligente no habla de dinero, eso déjalo para los ricos... Pero, vamos, hay otras cosas en que pensar. Ese Primitivo, o Teófilo, o como se llame, ya no tarda en venir a conocer a la familia. Primitivo... ¿por qué le habrán puesto ese nombre al pobrecito? ¡Le cae tan bien!

PABLO.- Y eso no es nada. Se apellida Canchis, como la tribu

feroz que peleó contra los incas antes de ser pasados por el aro del Imperio.

CLEMENCIA (defendiéndose, súbitamente vanidosa).- "Primitivo", si tienen dos dedos de frente, recuerda a nuestros orígenes, es una especie de Adán. Y "Teófilo" quiere decir amigo o consagrado a Dios; y no es quechua sino latín, por si la incipiente cultura de ustedes no da para entenderlo...

SEÑORA SEGOVIA.- Amigo o consagrado a Dios. Pues sí, me parece un buen hombre, un pan del alma...

SEÑOR SEGOVIA.- Ya verás cómo averiguo yo pelos y señales de ese Manco Cápac de alma color del pan.

PABLO.- De un pan duro y oscuro, de una semita, como llaman en la sierra al pan moreno. Pero, hermana, hablando en serio, mi opinión es que crees que lo amas. O mejor pongámoslo así: que Mario, a quien ~~me~~ amas, no se te ha declarado aún y por eso escuchas al que no amas. Tienes muy poca experiencia en noviazgos y desconoces todavía a los jóvenes; muchas veces nosotros nos lanzamos o bien a prometer fácilmente la boda a cualquier muchacha, para que se vuelva más complaciente y huir después de probar la fruta, o bien nos decidimos por una boda no sólo con la novia, sino con la familia de la novia, esto es, con la casa matriz, con el dinero del suegro, con las relaciones públicas del cuñado, etcétera, etcétera.

CLEMENCIA.- ¿Me llamas así complaciente..? Sabes muy bien que no soy su amante, si eso quieres insinuar.

SEÑOR SEGOVIA.- Vamos, Clemencia, ¿a qué vienen esas declaraciones innecesarias? ¡Y basta con pelearse entre ustedes!

(Suena el timbre. La SIRVIENTA sale y vuelve, leyendo una tarjeta: El señor Primitivo Teófilo Canchis ha llegado. ¿Puede

que se vaya estos años. Ha servido de colega y amigo en la casa, se va en nuestros últimos viajes por la casa.

pasar? Por aquí, señor. (Oscuridad).

#### Escena 4

PRIMITIVO, de niño, y el indio TIBURCIO, de unos veinte años, en el patio de una casona serrana, con el corredor en torno, sembrado de algunos muebles de esterilla, perezos as y varios tiestos de flores. TIBURCIO viste como los indios de Ancash, con camisa de tocuyo sin cuello, pantalón oscuro de bayeta, que acaba debajo de las rodillas, y llanques. PRIMITIVO y TIBURCIO entran jugando. Éste lo sube a sus espaldas y cabalga con él.

PRIMITIVO.- ¡Uy, me cansé, basta, déjame en el suelo...! Casi no puedo respirar... Mira, te propongo un nuevo juego para entendernos mejor. Hablamos dos idiomas distintos. Si yo hablo quechua, lo hago muy mal; pero tampoco tú dominas mi lengua. Pues entonces vamos a elegir una sola, y juguemos a que el otro lo habla perfectamente. ¿Te parece bien? Como tú eres mayor, debes darle gusto a un niño como yo; y si yo elijo el castellano, tú lo aceptarás ¿verdad? O sea que jugaremos a que tú y yo hablamos tan bien o mejor que papá. ¿Qué me dices?

TIBURCIO.- Acepto el juego, por una buena razón. Porque así nadie se reirá de mí ni me llamará motoso, y podré expresar lo que quiero y pienso, como hacen ustedes. Yo también tengo mi dignidad y debo ser respetado. Eso sí, muchas veces tu lengua no me servirá para traducir lo que dice el quechua.

PRIMITIVO.- Claro que tiene sus limitaciones, incluso para un niño. Por ejemplo, ahora que mis padres me mandan a estudiar a la costa, no puedo decirte cuánto agradezco tu compañía de todos estos años. Me has servido de colega y amigo en la casa, de guía en nuestros lindos viajes por la puna,

has fabricado las chozas en que dormíamos durante las cosechas de papas y granos, me has enseñado a montar (aunque después yo siempre haya viajado a caballo y tú a pie, como manda la injusticia de mis padres), y por ti sé distinguir cientos de plantas comestibles y medicinales que nos rodean, e incluso sé arar la tierra y sembrar, además de cantar un poquito en quechua, claro está.

TIBURCIO.- ¡Pero no has aprendido a cruzar a nado el río, sólo chapoteas..!

PRIMITIVO.- Sí, es el mal de todo niño serrano, creo.

TIBURCIO.- Y tampoco subes bien a los árboles, lo haces muy lentamente y te puedes caer. Debes aprender la velocidad mirando los pájaros; si son lentos, un chico como tú los caza con su hondilla.

PRIMITIVO.- Ah, mi hondilla, aquí la llevo siempre, es la alegría de vivir. Me la peso tirando a cualquier cosa convertida en blanco. Tengo buena puntería, ¿sabes? Luego aprenderé a tirar con el revolver de papá.

TIBURCIO.- Seré una lástima. Las armas nos han cubierto de sangre toda la sierra.

PRIMITIVO.- No las usaré en serio, te lo prometo, sólo serán un juego. Te daré gusto en todo.

TIBURCIO.- La costa te impondrá sus moldes y costumbres.

PRIMITIVO.- Pero mi corazón se quedará aquí. Tiburcio, nuestro pacto será eterno.

TIBURCIO.- Crecerás y tendrás nuevos amigos; yo me convertiré en una sombra lejana. Pensarás en mí como si me hubieras dejado en un país remoto, en la China, por ejemplo.

PRIMITIVO.- Te equivocas, te recordaré como al que me dio las aventuras reales de mi vida, y no las imaginarias.

TIBURCIO.- Ojalá.

PRIMITIVO.- Una sola cosa me intriga. Te habrás aburrido de lo lindo en esta casa. Siempre te la has pasado conmigo con mis primos, todos niños o niñas. ¿Te duele no haber conversado jamás en serio con los mayores, no haber sido invitado nunca a la mesa, no haber sido considerado un adulto sino un niño tonto y grande, al que se manda a gritos pero cuyos sentimientos e ideas nadie quiere conocer?

TIBURCIO.- Bueno, se supone que soy el muchacho de los mandados; el que hace los trabajos sucios del pesebre; el que va a comprar el pan cuando llueve; el especialista en hacer cruzar el río en brazos a toda la familia, cuando hay aluviones; el que siempre come en la cocina y duerme a la intemperie. Soy el sirviente eterno.

PRIMITIVO.- ¡Y eso debe molestarte tanto!

TIBURCIO.- ¿Por qué? Soy el incomprendido, igual que ustedes los niños. ¿En qué mejor compañía puedo estar? Tus padres y todos los patronos buscan siempre convertir a los indios en niños; sólo debemos saber una parte de las cosas y recibir órdenes de todo el mundo. Aprendemos oyendo las conversaciones ajenas, nadie nos enseña nada; tú tienes maestros en la escuela, pero yo debo valerme por mí mismo, y eso sin saber leer ni escribir ¿no? Parezco un adulto, pero se desviven porque sólo sea un niño.

PRIMITIVO.- Muy bien, has descubierto las intenciones de ellos, pero ¿cuáles son tus ambiciones?

TIBURCIO.- Pues que tu papá me deje dormir en el cuarto de arriba, en el terrado; así podré juntarme con la Tomasa y vivir ahí, en vez de dormir ella al pie de tu cama, en el suelo, cuidando que no tengas miedo, y yo en el suelo del corredor, a la intemperie.

PRIMITIVO.- ¿Eso es todo?

TIBURCIO.- ¿Y para qué pedir más? ¿Quién te lo daría? Los deseos tienen que ajustarse a las posibilidades.

PRIMITIVO.- Pero tú puedes llegar a ser muchas cosas, agricultor, amansador de caballos, arriero contratista de recuas, panadero, capataz de una hacienda...

TIBURCIO.- No me consueles, hijo. Yo sé lo poco que valgo y las escasas oportunidades que tengo.

PRIMITIVO.- Supongo que estás resentido con mi padre por impedirte una mejor educación.

TIBURCIO.- Los amos son los amos, niño. Son, en primer lugar, tontos, ni siquiera sacan todo el buen partido de nosotros sus siervos; y luego, también son pequeños tercos y pequeños sádicos...

PRIMITIVO.- ¿Por qué pequeños? Papá llegó a golpearte varias veces, sea con el fohete o a puntapiés.

TIBURCIO.- Porque son mezquinos, ridículos, moralmente inferiores a nosotros, pero con unas ganas enormes de aparentar, como el pavorreal.

PRIMITIVO.- ¿Y qué piensas de mi madre?

TIBURCIO.- Lo que piensas tú. Que es muy buena y dulce, que si bien me ha gritado, no llegó a pegarme nunca. Lo lamentable de ella es que su amor a tu padre la ciega y así consume su vida junto a un hombre oscuro y malgeniado.

PRIMITIVO.- ¿Lo odias, Tiburcio? Porque a veces yo mismo lo odio, no miento.

TIBURCIO.- Me da pena. Ha vivido veinte años en la sierra y no conoce nada, ni los caminos, ni los pueblos, ni menos su chacra de Tulpayoc. Ha venido de la costa porque compró una hacienda y se irá cuando la venda, nada más. Es una lástima

que algunos hombres lleguen de paso, tengan aquí sus hijos, y sin saber que los chicos son ya distintos, se los lleven de vuelta, robándoselos adonde pertenecen. Que no pase lo mismo contigo.

PRIMITIVO.- No pasará, Tiburcio. Pero déjame preguntarte algo más. ¿Por qué los peones siguen rebelándose contra los hacendados cuando no tienen ninguna posibilidad de vencer? Hasta un niño buscaría otros métodos de lucha. En los años que tengo, he visto ya dos grandes matanzas en que los indios han tenido la razón, pero al mismo tiempo han sido las únicas víctimas.

TIBURCIO.- Todo el que vive en la sierra es testigo de varios estallidos en que los indios ya no podemos más y nos lanzamos contra la pared formada por hacendados y policías juntos, y entonces nos rompemos la cabeza. Si ya has visto dos matanzas, verás todavía otras. ¡Pero nosotros seguiremos lanzándonos de cabeza contra la pared!

(Bruscamente irrumpen en SUBPREFECTO y sus AYUDANTES).

SUBPREFECTO.- ¡Al fin te hallé, indio revoltoso!

TIBURCIO.- ¿Me habla usted a mí, señor subprefecto?

SUBPREFECTO (a sus Ayudantes).- ¡Métanlo preso!

PRIMITIVO.- ¡Un momento! ¡No ha hecho nada! ¡No sale de la casa desde hace días!

SUBPREFECTO.- Mira, Primitivo. Eres un buen chico, hijo mío, y sabes que soy amigo de tu papá. Pero no defiendas a este mal indio. Anoche mismo estuvo en Ayaviña y levantó a los peones.

PRIMITIVO.- Mentira, señor. Anoche dormí en mi cuarto, sobre su pellejo, al pie de mi cama, como hace todas las noches. No pudo salir de ningún modo.

SUBPREFECTO.- Bah, chico, tú desconoces a los indios... Te dejaría durmiendo, a lo mejor te dio café o valeriana, y te dejó seco -como decimos acá- hasta la mañana siguiente. Se escabulló sin duda por la noche, fue a instigar a la india y volvió escapando otra vez el bulto. ¡Tengo su descripción dada por los guardias!

PRIMITIVO.- De lejos todos los indios son iguales, no hay mucha diferencia; o al menos nosotros no sabemos verlas, nos es imposible...

SUBPREFECTO.- Bah, ése es otro cuento para no ser identificados. Ponte a un costadito, no te haré daño. Debo llevármelo.

PRIMITIVO.- ¿Y por qué no llama a mi papá? Él confirmará lo que digo. ¡Papá..!

SUBPREFECTO ( a sus Ayudantes).- ¡Vamos, a chaparlo! No tengo tiempo que perder, y menos por consejos de un niño encariñado con un indio. Es un delito hacer que niños mestizos a blancos convivan con los indios y sean sus compañeros de juegos. Ya hablaré de eso con tu padre. ¡Vamos, a chirona con el cabecilla..!

TIBURCIO (al ser apresado).- ¿Yo, cabecilla..? Si soy un pobre diablo, señor, un analfabeto incapaz de reunir o guiar a los peones, si me muero de miedo y soy un perfecto cobarde...

SUBPREFECTO.- ¡Sí, sí, el muy mansito, la inocente paloma! ¡Que te crea tu abuela! (Oscuridad).

### Escena 5

Salón de clases de una modesta escuela primaria. De pie, el NIÑO rinde exámenes ante un jurado compuesto por los jó-

venes profesores PRIMITIVO, GONZALO y CLARA, cuyo pupitre se ve delante de la pizarra.

PRIMITIVO.- Alumno, pasemos a los ejemplos prácticos. ¿Ha visto usted a un indio auténtico por las calles de Lima?

NIÑO.- No, señor, se quedan donde viven, la gente se reiría de ellos si bajaran los auténticos.

CLARA.- ¿Por qué, vamos a ver? ¿qué hay de ridículo en un indio?

NIÑO.- El indio es el perro caído de la sociedad peruana; por tanto, reirse de él es una necesidad para que los demás puedan vivir contentos.

PRIMITIVO.- ¿O sea que el indio es un ser útil?

NIÑO.- Para burlarse de él, sí, señor, y también como una confirmación de la incapacidad del sistema socioeconómico actual para resolver sus problemas. El indio vale como ejemplo negativo.

CLARA.- Supongamos que ese indio auténtico entrara en la plaza de armas de Lima. ¿Cómo sería él? Descríbalo.

NIÑO.- Toda su ropa -el sombrero de lana, el poncho, el pantalón de bayeta, la camisa de tocuyo sin cuello, y las ojotas o llanques- variaría según la región de la que procediera, pero el resultado del conjunto tendría que ser sometido a prueba. Si los transeúntes no lo miraran dos veces y si las mujeres bonitas se taparan las narices junto a él, entonces se trataría de un buen resultado.

GONZALO.- ¿Y entonces quién es el poblador de las barriadas que rodean la ciudad?

NIÑO.- Es un emisario del indio auténtico, que ha sido enviado a abrirnos los ojos y a conmovernos el corazón, pero

se ha dado con que nadie lo ve ni lo ayuda. Es un ser perfectamente invisible: he ahí la contribución del país a la ciencia universal.

GONZALO.- ¿Y acaso los vendedores ambulantes que empiezan a salir del Mercado Central son invisibles?

NIÑO.- Ellos son la nueva clase de comerciantes analfabetos que volverán invisibles a los antiguos comerciantes tradicionales. Otra forma de prestidigitación social, también admirable.

CLARA.- Ahora suponte que eres un niño indio, o al menos

(Pasa a la pág. 20)

un niño serrano. ¿Cómo nos verías a nosotros que no lo somos?

NIÑO.- Tengo un amigo cuzqueño, señorita. Él dice que Cuzco y no Lima es la primera ciudad del Perú, que los limeños son todos unos maricones, fifís...

CLARA.- ¡Alumno!

NIÑO.- .... y que las mujeres blancas se lavan mucho porque son sucias y que se afeitan los sobacos y a veces también las ingles porque son unas gorras...

CLARA.- ¡Basta, he dicho! (Oscuridad).

### Escena 6

Una calle serrana convertida en una cuesta; desemboca en una pequeña explanada. Sentados a una mesilla, los hacendados DON JUSTO y DON BONIFACIO se embriegan, muy alegres, a la puerta de una cantina. Empieza a cruzar el escenario el PRIMER INDIO CARGADOR, con un saco grande de papas a sus espaldas.

DON JUSTO.- Ahí va Domingo. ¿Cuánto, don Bonifacio?

DON BONIFACIO.- Ven cinco soles, don Justo.

DON JUSTO.- Bien, cinco soles. Yo digo que es un saco de cuatro arrobas.

DON BONIFACIO.- Cuatro arrobas y me dia. No está abierto.

DON JUSTO.- Previo trigo, don Bonifacio. Previo trago.

DON BONIFACIO.- Salud, don. Vamos a ver. Párese, Domingo. (El INDIO CARGADOR prosigue su camino). ¡Párese, te digo, animal!

\* Cada día estás más sordo y te tiemblan más las piernas.

DON JUSTO.- ¿Ve usted? Está abierto y han sacado un poco de papas. Usted se equivocó. No puede tener más de cuatro arrobas.

DON BONIFACIO.- Sigue tu camino, idiota. Tenías que ser tú para cargar tan poco. (Sale el PRIMER INDIO CARGADOR y entre

el SEGUNDO INDIO CARGADOR, llevando sobre la espalda, y sostenida por una soga que le cruza la frente, una mesa grande).

DON JUSTO.- Van otros cinco soles. Digo que la mesa tiene dos arrobas.

DON BONIFACIO.- Es la mesa de don Matías, que están llevando al Juzgado donde acaban de nombrarlo. Por tanto es de cedro, y como la hizo el carpintero Miguel, es fuerte y no muy pesada a la vez. Yo digo que pesa tres arrobas más o menos. Péra, Rosendo.

(El SEGUNDO CARGADOR no obedece. DON JUSTO le da un puntapié y otro DON BONIFACIO). ¡Péra, carajo! (Mientras el indio se detiene, los dos hacendados pulsean la mesa y calculan su peso).

BONIFACIO.- Usted vuelve a ganar, don Justo. Este mañana no doy pie con bola. (Cruza el escenario una FAMILIA INDIA, todos cargando cajones de diversos tamaños). Ya empieza a mudarse don Aniceto, que volvió de Huarez al cabo de un año. Voy diez soles a que el cajón del chico no llega ni a una arroba, menos de once kilos y medio, para ser exactos.

DON JUSTO.- Acepto y voy diez más. (Ambos compulsan el cajón, y extrañamente, comprueban que pesa mucho más).

DON JUSTO (riendo).- ¡Caramba, estoy de suerte! ¡No hubiera creído que este mocoso esquelético y mugriento pudiera levantar tanto! A ver tú, espera. (Se acercan a la MUJER de la FAMILIA y se burlan de ella, que no puede defenderse por tener las manos ocupadas). No esté mal ¿no? Mira los pechos. Y las nalgas, vamos a ver. ¡Qué idiotez el cubrirse tanto! ¡Bastaría con ponerse una pollera o dos para el frío, pero cinco o seis, es el colmo! Ven, palomita sucia y flaca... Seguro que no pesa nada tu cajón...

DON BONIFACIO (en voz baja).- Cuidado con el marido... Estos indios son traidores y vengativos, no entienden que les hace-

nos un favor fijándonos en sus mujeres. (Ambos acarician rudamente a la mujer. La FAMILIA INDIA huye).

DON JUSTO.- Un día de éstos damos trabajo al peón y visitamos a la palomita. ¿Qué le parece? Salud, don Bonifacio. ¿Dónde se ha metido?

DON BONIFACIO (mirando fuera de escena).- Un momento, don Justo. Me ha ganado usted toda la mañana. Déme una oportunidad. Le juego los treinta soles en una sola apuesta. Yo digo que el próximo indio cargador que pase traerá... ¡un piano cargado a las espaldas, sí, un piano, nada menos!

DON JUSTO.- Acepto. Ganaré de nuevo. En este pueblo miserable y perdido de Dios no hay un solo indio capaz de cargar un piano, como en los viejos tiempos. Ah, entonces yo me cruzaba con varias mulas pianeras que iban a Yungay, el pueblo más elegante y culto del Callejón de Huaylas; y de la mula, el piano pasaba directamente a las espaldas del indio Mestanza. ¡Así se llamaba aquel forzado! ¡No, esos tiempos se acabaron! Esta raza ha degenerado, es muy débil, de feo porte, sin dignidad, a pesar de que nos roben tanto la comida...

DON BONIFACIO.- ¡Dése la vuelta y mire! (DON JUSTO lo hace y ve al TERCER CARGADOR cruzando la escena con un piano de utilería a cuestas). ¿Qué me dice usted? ¿Ese indio lleva o no un piano a sus espaldas..?

DON JUSTO.- ¡Increíble...! ¡No puede ser...! ¡Indio de mierda, me la pagarás...! (Oscuridad).

### Escena 7

Sala de sesiones de una Facultad universitaria, donde son notables la modestia y la austeridad, pero también los retratos de varios Decanos en las paredes. Al centro, una mesa oval

con numerosas sillas.

GONZALO.- Oye, Primitivo, no me hagas el problema más difícil. No se trata de mí, todos formamos el departamento; y por último, tampoco se trata de un departamento, sino de toda la universidad. Recuerda, ya no enseñamos en una escuela, sino en la primera universidad del país.

CLARA.- Calla, si te oyeran nuestros colegas dirían que la primera universidad es donde me graduaron ellos.

PRIMITIVO.- No veo muchas diferencias entre esta Facultad y una escuela primaria o secundaria. Sólo que aquí los alumnos son peores, no estudian ni vienen a clase. Entre las huelgas políticas, la pereza y las piernas de las muchachas liberadas, no hay cómo enseñar ni aprender.

GONZALO.- Si no te importa, vayamos al grano.

PRIMITIVO.- Pues ahí voy. En unos minutos más va a empezar la mesa redonda donde hablará Raymond, el experto francés en economía rural peruana. El Decano nos ha pedido que, como el Rector y quizá también el Ministro estarán presentes, nos callemos algunas cosas y no pintemos muy crudamente la situación de los campesinos. Y yo me opongo a eso, así de claro. O denunciemos una vez más la realidad o no asistimos a la mesa redonda.

CLARA.- Estoy contigo, Primitivo. Ya somos dos.

GONZALO.- No se trata de obtener una mayoría entre nosotros, sino de lograr un mejor presupuesto para nuestro departamento. Mañana se reunirá el Consejo de Facultad; no podemos hacerles el juego al resto de profesores, que sólo esperan esta ocasión para recortarnos la partida. Para ellos, somos conflictivos, peligrosos, rebeldes, y para los alumnos insuficientemente contestatarios. En resumen, Primitivo, déjame

presentar al profesor Raymond con dos palabras y nada más. Después de todo, ya tu artículo se publicó, no hay por qué insistir en unas estadísticas pavorosas sobre el campesinado nacional, quizá innecesarias cuando el orador principal es un extranjero.

CLARA.- Te desconozco, Gonzalo. Te has vuelto demasiado prudente.

PRIMITIVO.- Prudente e irreflexivo, aunque parece contradictorio. Mira, Gonzalo, el primero en conocer nuestras pavorosas estadísticas y el que ofrece la mejor bibliografía sobre el tema es justamente Raymond. ¿No recuerdas su último ensayo? Si mentimos o evitamos algunos datos, Raymond nos barrerá de un manotazo, y eso no puede tolerarse en un debate científico, estén o no el Rector y algún Ministro, que después de todo no saben ni dónde están parados. Respecto al Decano, sabemos que tiene celos de nuestros trabajos, pero que en las mesas redondas se pone nervioso y equivoca u olvida las citas. Así, no debe importarnos mucho su presencia... (entran el MINISTRO, el DECANO y el PROFESOR RAYMOND y se sientan a la mesa) cuando tomemos la palabra y digamos, por ejemplo... (Todos se sientan y PRIMITIVO sigue hablando). Señores..., no hablemos del milagro alemán o japonés luego de la segunda guerra mundial, sino de la maravilla de cómo sobreviven miles y miles de peones y yancones y arrendires y peniaguados analfabetos <sup>paranarr</sup> que, trabajando de sol a sol, sin ganar jamás propiamente un salario, sin estar inscritos en ningún seguro social, ni ejercer los mínimos derechos de un ciudadano, ni menos aún consumir el mínimo de calorías necesarias a un ser humano, deben ser juzgados por nosotros algo así como nuestros inmortales, nuestros seres eternos e indestructibles...

CLARA.- Sí, profesor Raymond, pasando a otro tema, me alegra

que usted vaya a referirse a la mujer campesina dentro de la reforma agraria; pero este punto no es esencialmente distinto del caso de los hombres. Mi impresión es que la vieja y justa desconfianza del campesino es tal que, incluso una buena ley, dictada por un Gobierno impopular, junta en un mismo bando a hacendados y a peones en contra de esa ley supuestamente buena. Lo importante es el origen de la ley; no debe nacer del paternalismo ni de la caridad cristiana, si es que de veras existe, ni del falso espíritu de justicia que enmascaran las llamadas soluciones democráticas... Esa ley debería ser descubierta y dictada por los propios campesinos, o al menos consultada a ellos, además de que debería variar de una región a otra, según los casos específicos, las costumbres tradicionales y los últimos avances técnicos...

EL DECANO.- Vamos, vamos, una ley así no se dictaría nunca... Profesor Raymond, debe usted disculpar a estos jóvenes impetuosos..., después de todo la vida de los indios ha mejorado muchísimo en los últimos cincuenta años...

CLARA.- Disculpe, señor Decano, no estoy de acuerdo con usted.

PRIMITIVO.- Ni yo tampoco, en ningún sentido.

EL MINISTRO.- Bueno, yo como Ministro debo mantener un espíritu abierto, imparcial, no sería conveniente que yo me pronunciara...

GONZALO (dudoso, balbuceante).- Todas las miradas se dirigen a mí, supongo que esperan mi opinión... Yo no deseaba intervenir, había decidido callarme, pero el señor Decano dice aquí que la situación del indio ha mejorado muchísimo en los últimos cincuenta años...

EL DECANO.- Me reafirmo en lo dicho.

GONZALO.- ¿Y se reafirma usted...? Bueno, ese tono me obliga, no

me deja otra salida... Quienes hemos viajado por el país y hemos visto, por un lado, la interminable cadena de injusticias en contra de ellos, y por otro, la interminable cadena de falsos remedios para conjurar sus males, sólo podemos decir que casi nada, casi nada ha cambiado desde principios de siglo y aun desde el siglo pasado... Lo siento, señor Decano, no deseaba formular ningún comentario, pero usted comprenderá que una afirmación como la suya no podía quedar sin respuesta... Confío en que no le parezca mal, incluso delante del ilustre profesor Raymond, y que no tome represalias contra nuestro departamento...

EL DECANO.- ¿Represalias..? ¿Pero qué está usted diciendo..?

GONZALO.- Y que no nos recorte la partida presupuestal que se verá mañana en el Consejo de Facultad...

EL DECANO.- ¡No le crea, señor Ministro, tampoco usted, profesor...!

GONZALO.- Usted me ha obligado a hablar, yo no quería, lo saben bien mis colegas Primitivo Canchis y Clara Sifuentes, e es un absurdo y una temeridad decir que la situación indígena ha mejorado en este país...

PRIMITIVO y CLARA.- ¡Bravo, Gonzalo! ¡Muy bien! ¡Así tenías que hablar..(Ambos aplauden. EL DECANO hace gestos furiosos, el MINISTRO disimula mirando el techo y el sonriente profesor RAYMOND aprueba con la cabeza lo dicho por Gonzalo).

TELON

A C T O      S E G U N D O

Dormitorio de Primitivo. Su padre, el señor CANCHIS, entra con una lámpara a keroseno encendida y avanza hacia la cama donde duerme Primitivo; pero choca con TIBURCIO, soportado sobre su pellejo tendido por el suelo, y el indio se levanta muy alerta.

TIBURCIO.- ¡Alto! ¿Quién es? ¡Ah, tú, señor..! ¡Perdón, patrón, pensé que venían a sacarnos al niño Primitivo y a mí!

SEÑOR CANCHIS.- No lo despiertes, es a ti a quien busco. Ahí afuera está el Subprefecto; dice que provocaste el alzamiento de la hacienda Urcón.

TIBURCIO.- ¿Otra vez? ¡Antes dijo que levanté Ayaviña! Mentira, patrón... Fui a comprar queso, mantequilla y carne, tal como me mandaste. Llegué en la mula por la noche y me contaron la matanza, sí, y vi a los heridos también, es natural, la hacienda estaba revuelta por las noticias. Lloré junto a los deudos y velamos a nuestros muertitos, yo los conocía a todos, algunos son de mi comunidad. Y por la mañana los acompañé al entierro, pero ya con mi alforja llena y tirando de la mula, listo para volver. Y en eso que las lloronas están gritando y los muertitos sin estánd entrado en los agujeros del panteón, llegan los guardias y empiezan a disparar de un canto... ¡Yo me escapé, patrón, corriendo me vine hasta aquí, sin perder mi carga ni menos la mula..!

SEÑOR CANCHIS.- ¿Y eso es todo?

TIBURCIO.- Todo, patrón.

SEÑOR CANCHIS.- Sabes que yo te considero mucho. Te he visto crecer lo mismo que a Primitivo. O sea que no debes mentirme.

TIBURCIO.- ¡Tiburcio no miente, patrón, jamás, que el sapo se lleve mi lengua!

SEÑOR CANCHIS.- Pues entonces queda tranquilo. Yo le diré al Subprefecto...

SUBPREFECTO (irrumpiendo con un AYUDANTE).- ¿Qué me dirá usted, amigo Canchis..?

PRIMITIVO (despertando).- ¿Qué pasa..? ¿Por qué tanta bulla..?

SEÑOR CANCHIS.- Le dije que esperare afuera. Éste es mi casa.

SUBPREFECTO.- ¡Y éste el cabecilla del alzamiento! ¡Cógelo, Ruperto!

PRIMITIVO.- ¡Nada de cógelo! ¿Por qué..?

SEÑOR CANCHIS.- Yo respondo por él. No he hecho más que llegar a la hacienda y comprar víveres para mí. Yo lo mandé y cumplió mis órdenes.

SUBPREFECTO.- ¡Él los arengó en el entierro!

TIBURCIO.- Mentira, señor. Sólo acompañé a los muertitos y después he corrido hasta acá. Yo iba tirando la mula y con mi alforje encima. ¿Iba a armar así una trifulca?

SEÑOR CANCHIS.- Se lo repito, señor Subprefecto, usted no se lo llevará. Y si tanto quiere hacerlo, ¿qué es de la orden judicial?

SUBPREFECTO (a carcajadas).- ¿Orden judicial? ¿Qué es eso? Estamos en la sierra peruana y en pleno siglo XX, amigo Canchis, aquí nunca hemos necesitado un papel para detener a un indio criminal.

PRIMITIVO.- ¡No es un criminal! ¡Quite ese mazo!

SEÑOR CANCHIS.- Nada sin papel, lo siento, y no se hable más.

SUBPREFECTO.- ¿Se atreve usted a encubrir a Tiburcio?

SEÑOR CANCHIS.- No lo encubro, él es mi empleado y vive bajo mi techo; eso es todo.

SUBPREFECTO.- ¿Empleado...? ¿Qué lenguaje es ése...? ¿No le preocupa lo que dirá el señor Prefecto de Huáraz cuando le comunique esto?

SEÑOR CANCHIS.- ¿Y no le preocupa<sup>a</sup> usted detener a un inocente?

SUBPREFECTO.- Inocente... Todos estos indios ladinos dicen que lo son; pero no hay más que ver cómo desvían los ojos y no miran de frente para...

SEÑOR CANCHIS.- ¿Se cree usted psicólogo o se ha vuelto adivino..?

SUBPREFECTO.- ¡Al diablo con los adivinos! ¡Yo sé que este indio no nos quiere, mañana le hundiré un puñal por la espalda a usted mismo!

SEÑOR CANCHIS.- ¿Qué pruebas tiene, vamos a ver?

SUBPREFECTO.- Les buscaré. Tiene que haberlas. Pero de antemano le digo que Tiburcio es peligroso y que no estaré contento hasta meterlo en chirona. Las pruebas vendrán después, primero esté la seguridad de que es sospechoso.

TIBURCIO (riendo).- Bien dicho, patrón. El señor Subprefecto es un adivino..., como el Taita Roque, el brujo del pueblo... (Primitivo y su padre ríen también). (Oscuridad).

Escena 2

La misma casa de los SEGOVIA.

SEÑORA SEGOVIA.- Lo siento mucho, doctor. La gente se guía por lo más fácil. Le gusta poner un membrete a las cosas y de ahí pasa a las personas. Que uno es simpático, el otro cascarrabias, el tercero mujeriego, el de más allá aficio-

nado a las copitas, el de enfrente un vago. Prenden los defectos y no las virtudes. Nadie dice que un hombre es rico pero moderado en su conducta, o pobre pero muy digno, o arribista pero no mucho, o bueno a pura fuerza de intenerlo. Se habla de la gente según las necesidades del diálogo entre amigos picantes e ingeniosos. En suma, una persona es interesante sólo cuando puede hacerse un buen chiste sobre ella.

PRIMITIVO.- (Con la cabeza entre las manos). ¡Pero que se diga esto de mí, de mí..! ¿Quién ha podido ser el causante?

SEÑORA SEGOVIA.- Si por mí fuera, le diría que no se preocupara, que yo confío en usted y en su amor por Clemencia. Pero usted comprende que las ideas de los hombres son las que prevalecen; y los hombres tienen un código especial del honor dentro del cual...

PRIMITIVO.- ¡Dentro del cual esto es inicuo, lo sé! ¡Inicuo, vergonzoso y perverso! También lo sé. A menudo he gozado con la lengua de víbora de mis amigos, cuando se dedicaban a despellejar a otra persona; y también yo he contribuido a ese deporte -el desollar en carne viva no se considera vicio por los inteligentes- y me he reído de nuestras propias invenciones, todas falsas, por supuesto. Pero que ese arsenal de calumnias y groserías se vuelva contra mí y que no pueda presentar una prueba contundente que me salve, me deja sin aliento...

SEÑORA SEGOVIA.- ¿Una prueba? Tiene usted razón, amigo mío. En estos casos no hay pruebas contundentes a favor, ni creo que puedan existir. Son ellos quienes deberían presentar pruebas acusatorias, testimonios de culpabilidad. Así deberían ser las cosas. Pero nadie procede conforme a normas de rectitud; lanzan el veneno y allá que se derrame por todos lados.

PRIMITIVO (recobrándose).- Ciertamente, el mecanismo es éste, pero no podrán destruirme ante los ojos de Clemencia. Ninguno de mis amigos ha podido lanzar la especie. Tiene que provenir del círculo de... usted me perdonará..., sé que la hiero en cierta forma, pero piense que deba defenderme..., del círculo de Pablo y Mario, esos jóvenes no pueden aprobar que un hombre maduro y nada elegante como yo pretenda a Clemencia; tienen ya en la cabeza un modelo de marido para ella, mucho más joven, guapo y rico...

SEÑORA SEGOVIA.- ¡Ah, doctor, la vida enseña que lo permanente son las virtudes, no el ser guapo o joven..!

PRIMITIVO.- Pero ellos lo ignoran. La juventud es radiante e impaciente, y supone incluso que es sabia; por ello pretende emitir juicios que no provienen de la observación sino de la misma pasión juvenil. Una pequeñísima desproporción en una mujer o cierta moderación en un adulto, equivalen para ellos a una mujer fea o a un hombre tonto. Así no se puede discutir con ellos. No cabe sino confiar en que las personas cuerdas desoirán la estupidez.

SEÑORA SEGOVIA.- Sí, sí, lo digo de nuevo, tiene usted razón, pero Clemencia también tiene derecho a molestarse y sentirse ofendida por esa clase de rumores...

PRIMITIVO.- ¡Y ahora, en vez de esperarme, ha salido con Mario!

SEÑORA SEGOVIA.- Sí, doctor. Han ido al cine, luego pasarán a un restaurante y finalmente irán a bailar. Le he dado permiso a Clemencia hasta la medianoche. No he podido impedirse lo ante el... estallido que se produjo aquí con la noticia...

PRIMITIVO.- La noticia de que... me gustaban mis alumnos.

¡Maldición! ¡A mí! Mire, señora Segovia, no debo decírselo a

usted, confesarle así, fríamente, a la madre de la mujer que amo, resultará de mal gusto, pero no tengo más remedio: seré todo lo indio o cholo que quiera...

SEÑORA SEGOVIA.- ¡No diga eso, doctor, se lo prohibo..!

PRIMITIVO.- ... y tampoco he recibido aún mi herencia, pero cualquiera que haya vivido un poco se da cuenta de que nada de eso impide a uno el acostarse con varias muchechas guapas, a parte de las otras que no cuentan; no digo decenas porque mentiría como un Don Juan, pero varias, sí, y muy hermosas, que han pasado por mis manos y creo haberlas complacido, hasta han gritado escandalosamente de gozo, se les podía oír desde fuera de la habitación...

SEÑORA SEGOVIA.- ¡Doctor Canchis..! ¡Usted hablando así..!

¿Dónde se imagina que esté? ¿En una oficina de encuestas sobre potencia sexual..?

PRIMITIVO.- Perdóneme, señora, borro todo lo dicho y le ruego que lo olvide... Pero vea usted adónde me lleva esta acusación...

SEÑORA SEGOVIA.- ¡Las cosas que usted dice..! Para serle franca, el rumor no nos llegó a través de Pablo ni de Mario, sino de las amigas de la propia Clemencia...

PRIMITIVO (reaccionando al punto).- Ya voy atando cabos. ¿No será una chica, Martha, una rubia delgada y pecosa..?

SEÑORA SEGOVIA.- Conozco de lejos a esa Martha...

PRIMITIVO.- ¿Sabe qué pasó?

SEÑORA SEGOVIA.- Mejor no lo diga... ¡Si me va a contar otra de sus hazañas!

PRIMITIVO.- En dos palabras, me negué a continuar siendo el amante de Martha porque las cosas iban complicándose, y yo deseaba estar libre para declararme a Clemencia.

SEÑORA SEGOVIA.- ¡Las cosas que usted dice...! ¡Vaya carrera amorosa la suya...!

PRIMITIVO.- Jamés volveré a confesarlo. Me siento un perfecto chismoso.

(Entran el SEÑOR SEGOVIA y su hijo PABLO, riendo. Al ver a PRIMITIVO se sorprenden y enmudecen. LA SEÑORA SEGOVIA les dice algo al oído).

PRIMITIVO.- Buenas noches, señor Segovia; hola, Pablo. Qué buena ocasión para aclarar de una vez ciertos rumores de los que estábamos hablando aquí...

SEÑOR SEGOVIA (vuelve a su jovialidad).- ¡Aclarar...? Oh, no se preocupe, doctor. Aquí no se trata de sus antiguas relaciones con esa chica Martha ni de lo que ella, despechada, pudo difundir... (Cambiando de actitud, molesto). Se trata, señor, de lo mal que se ha expresado usted, ante algunos amigos míos, respecto a mi hijo Pablo y a nuestro querido Mario, un joven que es muy bien visto en esta casa... Como ve, usted no es el calumniado, sino el propio calumniador...

PRIMITIVO.- ¿Yo, señor...? ¿Yo...? (Oscuridad).

### Escena 3

Una calle serrana. GONZALO y los hacendados DON JUSTO y DON BONIFACIO, sentados a la puerta de una chichería, que exhibe su pequeña bandera roja anunciando la mercancía.

GONZALO.- Les ruego que me entiendan. No soy un policía y los datos que ustedes me proporcionen servirán sólo para un trabajo de investigación, sí, pero científico...

DON JUSTO.- Usted mismo dijo que era investigador, yo no lo he inventado... Y en este país investigador quiere decir po-

licia, o soplón si usted lo prefiere... (ríe).

GONZALO.- Dije investigador universitario, experto si le suena mejor, ahora dedicado a estadísticas...

DON BONIFACIO.- ¿Y para qué tanto amor al número? ¿Para pasarle datos al Ministerio de Agricultura y a la oficina de reforma agraria..?

GONZALO.- Oh, no, para publicarlas en un libro sobre economía rural, nada más. Ustedes recibirán las pruebas de imprenta, si así lo desean...

DON JUSTO.- ¿Pruebas de qué..? ¿Va usted a probar una imprenta..?

DON BONIFACIO.- Eso de imprenta me suena a periódico. ¿No intentaré publicar un artículo en "La Voz" del pueblo?

DON JUSTO.- O quizá en "El Tiempo". ¡Todos acusan a los hacendados, somos la bestia negra de los periodistas!

GONZALO.- Les doy mi palabra, señores. No se publicarán en ninguna revista ni en ningún periódico. Seré en un libro auspiciado por una fundación norteamericana que financia nuestros estudios. Además, sólo aparecerán los datos, jamás el nombre de las personas informantes como ustedes...

DON JUSTO.- Bueno, así cambia algo.., pero no mucho. Vamos al grano. ¿Qué quiere saber?

GONZALO.- ¿Cuántos campesinos trabajan en la hacienda Huachumayo?

DON JUSTO.- Pongémonos de acuerdo en eso de "campesinos". ¿Cuántos indios peones, quiere usted decir?

GONZALO.- Sí.

DON JUSTO.- Pues no lo sé.

DON BONIFACIO.- Por supuesto que no lo sabe. ¿Cree usted que usamos tarjetas perforadas como en Lima? ¿Si no ganamos ni

para comprarlas! Si no sabe cuántas hay en su hacienda, es porque el censo es cuestión del Gobierno y no nuestra.

GONZALO.- Bueno, quizá su capataz puede darme datos más exactos. ¿Quién es y dónde puedo hallarlo?

DON JUSTO.- Eusebio no habla bien el castellano. ¿Para qué va a perder usted su tiempo con él?

GONZALO.- ¿Cómo se llama? ¿Eusebio qué?

DON JUSTO.- Sólo Eusebio.

GONZALO.- De acuerdo. Ahora bien, para corregir esta falta de identificación, estamos coordinando un empadronamiento general, a cargo de mi universidad y de autoridades del poder electoral, e incluso de los militares, para la inscripción correspondiente. ¿En qué nos puede usted ayudar para cumplir estas tareas?

DON BONIFACIO.- Piense bien antes de responder, don Justo.

GONZALO.- Necesitamos alojamiento y alimentación para diez jóvenes empadronadores, nada más. ¿Podría usted cobijarnos en su hacienda..?

DON JUSTO.- Lo siento. Sólo hay una cama, la mía.

GONZALO.- ¿En toda la hacienda que va de la carretera principal hasta el camino a Monterrey sólo hay una cama?

DON JUSTO.- Una cama decente, sí.

GONZALO.- Pues no importa. Los muchachos llevarán sus sacos de dormir por el suelo.

DON JUSTO.- Lo siento, no hay comida para tantas bocas. Apenas alcanza para mí.

GONZALO.- De acuerdo... Nosotros le pagaremos por el hospedaje.

DON BONIFACIO.- Piens<sup>e</sup> bien antes de aceptar, don Justo.

GONZALO.- Pensamos enviar un autobús con equipo sanitario a

su hacienda. Le prometo que no denunciaremos la falta de atención médica, ni de seguro social, ni nada parecido; sólo se trate de una revisión general con fines estadísticos, para saber cuáles son las enfermedades más comunes y proceder mañana más tarde al respecto.

DON JUSTO.- En concreto, ¿qué me pide usted? Vamos, al grano.

GONZALO.- Que mande usted reunir a los campesinos con sus familias al borde del camino, nada más. El autobús parará un día entero, y un médico general y un dentista se ocuparán de la revisión.

DON BONIFACIO.- ¡Ja, ja, un dentista! ¿Ha oído, don Justo..?

DON JUSTO.- No puedo. ¿Quién me pagará ese día perdido por mis peones?

GONZALO.- Lo haremos en día domingo. Usted no perderá nada.

DON JUSTO.- No puedo. Los domingos, mitad de la gente sigue trabajando y la otra mitad se ha emborrachado con nuestra buena chicha! ¡Pruébela! ¡Salud! ¿O usted sólo prueba las imprentas..? (ríen él y don Bonifacio).

GONZALO.- Muy ingenioso... Por lo visto no quiere usted colaborar en nada. Un dato final. ¿Cuánto paga usted de jornal diario?

DON BONIFACIO.- Tengo cuidado, don Justo...

DON JUSTO.- Tampoco lo sé, pregúntele aquí a don Bonifacio, tal vez él...

DON BONIFACIO.- Y yo le diré que pregunte a don Justo... (Estallan en risotadas).

GONZALO.- Lo sabe usted perfectamente, hasta el último centavo. ¿Por qué miente?

DON JUSTO.- Es la pura verdad. Aquí no existe el dinero; usted no sabe dónde vive, señor universitario. Doy mi tierra

para que unas familias vivan trabajando muy mal mis chacras y me entreguen pobres cosechas en especies; y por otro lado, les doy víveres a cambio de su trabajo. ¿Por qué darles dinero, si no lo necesitan?

DON GONZALO.- Usted no suelta prenda ¿eh?

DON JUSTO (riendo).- ¿Otra preguntita más, señor investigador científico..?

#### Escena 4

Casa de los Segovia.

CLEMENCIA (jubilosa).- ¡Hermano, me da un ataque si no me cuentas! ¿Cómo te fue con Nélica? ¡Ojalá como a mí con Mario! ¡Estoy feliz, aunque agotada por hacer el amor toda la noche, claro..! ¡Ese Mario es un salvaje..!

PABLO.- Y yo también la pasé fantástico. Todos los objetivos logrados.

CLEMENCIA.- ¿Es ése un informe para la exportación o un suspiro sincero del corazón?

PABLO.- ¿Un suspiro..? ¡Un grito de este pecho, tan contento como el tuyo!

CLEMENCIA.- ¿Y puedes darme alguna prueba más... objetiva?

PABLO.- Curiosita ¿eh? Al principio, ella no quiso que fuéramos a su casa, y tampoco a ninguna otra parte. Entonces la animé en la comida y ella bebió poco, pero no soporta el alcohol. Es de las personas que se marean con dos tragos. Y una vez tocada en el ala, ¿qué iba a hacer la palomita, sino pedirme ella misma que la acompañara a su casa?

CLEMENCIA.- Y ahí le diste la medicina adecuada ¿eh?

PABLO.- Bueno, si quieres más detalles, su dormitorio está

empapelado con horribles dierecillas azules, el tocador está a la derecha; hay una sola fotografía encima, la de ella en la playa, Nélica es una Narcisa, ¿sabes?; y el cuarto de baño es incompleto, porque le falta...

CLEMENCIA.- Basta, te felicito... Ahora podemos salir los cuatro juntos, con Mario y yo, pasar fuera los fines de semana, así nuestros viejos no sospecharán nada ¿verdad?

PABLO.- Por mí, cuando tú digas.

CLEMENCIA.- Perfecto. Un beso para mi hermano inteligente. (Entra PRIMITIVO). Hola, pasa. Estoy de tan buen humor que aspiro a contagiártelo. Vamos, olvida tu seriedad, ¿no te cansa? Sonríe y bésame también tú.

PRIMITIVO (besándola en una mejilla).- Buenas noches a ambos. Me alegro de verlos contentos. Así no les importará que mate dos pájaros de un tiro.

PABLO.- ¿Nos tienes por dos pájaros? ¡Fíjate, hermana, tan poco nos considera el profesor! Que lo diga por mí, no interesa, yo no le caigo bien, pero por ti, a quien todavía pretende a pesar de todas las negativas...

PRIMITIVO.- La única negativa, según sé, proviene de un solo miembro de la familia, que eres tú. Y ya sabes quién es el otro pájaro para mí.

CLEMENCIA.- Primitivo, si has venido a pelear con Pablo, será mejor que los deje solos.

PRIMITIVO.- No, por favor. Sé cuánto quieres a tu hermano, y por tanto nadie mejor que tú para perdonarlo, guiada por un mal entendido amor fraternal.

PABLO.- ¿Es acto reprobable el rechazar, por ejemplo, las habladurías de usted sobre Mario y sobre mí? Si usted fuera más hombre...

PRIMITIVO.- ¡Repita eso, mocoso..!

CLEMENCIA.- ¡Pablo..!

PABLO.- Perdón, no lo digo en el sentido en que pudimos algunos equivocarnos, lo reconozco, inclusive yo. Hablo de otra cosa. No estuvo bien, profesor Canchis, que el primer día que lo invitamos formalmente, el último domingo, usted dijera a los demás invitados que Mario era un badulaque y sableador, y que yo me dedicaba más a beber que a trabajar.

PRIMITIVO.- Hablé en voz alta, delante de dos amigos de tu padre. Es más, los busqué para que les aconsejaran a ustedes. Lo hice con la mejor buena voluntad del mundo.

PABLO.- ¿Y quién se cree usted para dar consejos?

PRIMITIVO.- Clemencia, dile por favor quién soy.

CLEMENCIA.- Bueno, no lo sé, me imagino de uno de mispreten.., digo, mi pretendiente todavía inoficial, por ahora...

PABLO.- El segundo de tus pretendientes, así te lo he oído decir varias veces, hermana.

CLEMENCIA.- Bueno, tengo la suerte de que me cortejen dos hombres... Eso halaga ¿no..?

PABLO.- Pues al profesor le disgusta comparecer con un badulaque y sableador.

(Pasa a la pág. 40)

PRIMITIVO.- Mantengo lo que dije.

CLEMENCIA.- Te opones nuevamente a mis deseos, Tadeo. Te prohibí ocuparte de Mario.

PABLO.- ¡Y yo también le prohíbo ocuparse de mí! Total, le queda poco tiempo para marcharse definitivamente de esta casa.

(Sale).

PRIMITIVO.- ¡Mocoso insolente...!

CLEMENCIA.- ¿Qué te pasa hoy día? ¿Te has propuesto pelear con todo el mundo?

PRIMITIVO.- Por tu amor, sí. Vale la pena.

CLEMENCIA.- ¿Crees de veras que soy la mujer adecuada para ti? ¿No piensas que quizá no nos entendamos en varias cosas?

PRIMITIVO.- Sólo en una, en que no te dejas adorar únicamente por mí.

CLEMENCIA.- ¡Vaya con esa obsesión contra Mario! ¿Acaso te molesta, acaso lo ves algún día por acá? Yo no me casaré con él, si eso te preocupa.

PRIMITIVO.- Prefiero que me digas que no lo amas.

CLEMENCIA (riendo).- Eso te diré después, cuando te portes mejor...

PRIMITIVO.- ¿Te complace trastornarme, sacarme de quicio..?

CLEMENCIA.- Quizá, ése puede ser mi secreto... Piensa en que tú no puedes acompañarme los días de semana, por tu trabajo en la universidad. Ma ríe, sí.

PRIMITIVO.- Duro es imaginar que estés con él.

CLEMENCIA.- Pues ahora estamos juntos y sin testigos... (PRIMITIVO la besa apasionadamente). ¡Qué modo de besar...! (Se aleja, pero él la persigue y nuevamente la besa). ¡Me dejas sin aliento! ¡Y me excitas demasiado, eso no está bien!

PRIMITIVO.- Te deseo tanto como tú a mí.

CLEMENCIA.- Nada antes de la boda, ya te lo dije.  
PRIMITIVO.- ¿Un tormento más, aparte de no verte todos los días?

CLEMENCIA.- Vete, por favor. Ahora ya sabes que me excites; es un buen comienzo. Sé que nos llevaremos bien en ese sentido.

PRIMITIVO.- ¿Serás mi mujer, entonces?

CLEMENCIA.- No lo sé; ahora sólo puedo decirte que iré a tu casa apenas nos demos los aros. ¿Te gusta eso..? Seré un matrimonio de prueba, como el de todas las parejas hoy en día, como el sirvinocuy de los indios... Oh, perdón, no quise ofenderte...

PRIMITIVO.- Nada puede ofenderme si voy a ser tu marido.

CLEMENCIA.- Bueno, pero vete, por favor, vete. (Sale PRIMITIVO. CLEMENCIA llama por teléfono). ¿Mario..? Amor mío, puedes venir rápido, no hay moros en la costa, usa la llave que te di y sube de frente a mi dormitorio. Te espero sin nada.., bueno, con el reloj pulsera puesto, por si tengo frío... (ríe). ¿Sabes lo que hice..? Excité de lo lindo al cholo de mierda y lo dejé en blanco... Si hubieras visto su cara de hueso... Ven y aprovecha el pánico, nadie sabe para quién trabaja... (Oscuridad).

### Escena 5

En el mismo escenario de la escena 8 del Acto Primero, el Jurado compuesto por CLARA, GONZALO y PRIMITIVO, examina a una alumna universitaria.

GONZALO.- Vamos, enfoque mejor el tema, señorita. Responde claramente, sin evasivas. ¿Existe o no discriminación racial en nuestro país?

ALUMNA (casi recitando en adelante).- Existe, sí, pero en grado menor que en algunos países que se llaman desarrollados y de gran capacidad industrial. Una discriminación sutil, a veces oblicua y aun en vías de extinción, en asuntos de pequeña importancia, pero otras muy seria y preocupante. Se ejerce contra indios, cholos, negros, mulatos, zambos, crespos, sacalaguas, cutatos, achinados y niseis, y en menor grado contra los jacoibos.

CLARA.- Concéntrese en el primer sujeto, señorita.

ALUMNA.- En nuestro país católico y devoto, los vocablos indio, pobre-diablo, sirviente, y no-tiene-dónde-caerse-muerto significan lo mismo. Por tanto, nadie quiere ser indio, inclusive el mismo indio. Si un indio sabe que es indio, sufre.

GONZALO.- Ponga ejemplos más precisos.

ALUMNA.- Como la escuela no ve al indio, si un indio va a la escuela se convierte automáticamente en un mestizo.

PRIMITIVO.- ¿Sólo por eso? ¿Y deja entonces de ser lo que fue?

ALUMNA.- Dejan de ser indios solamente los que van a ser mestizos. Y un mestizo puede reflexionar y descubrir luego que sigue siendo un indio. Ahora bien, esto ocurre muy poco, pues la mayoría de mestizos elige el camino hacia la sociedad de blancos, pero la sociedad de blancos no existe en nuestro país. O sea que casi todo el mundo aspira a ser lo que no se puede ser.

GONZALO.- Más claro, más claro...

ALUMNA.- Los blancos se creen blancos, he ahí la esencia de su blancura. Y como la sociedad de blancos no existe, ellos no debieran existir, pero existen. Las libretas electorales, <sup>y tributaria</sup> militar así lo confirman. Existen unos seres inexistentes.

... abstracciones, señorita...

racial dicen que es un tema del que mejor no debe hablarse, porque, cuanto más se hable, más se revelarán las diferencias. Si se habla, se crea la discriminación; entonces lo mejor es callar. Así, los chicos buenos y prudentes contribuyen a resolver este para ellos pequeñísimo problema.

PRIMITIVO.- Continúa.

ALUMNA.- Otros dicen que actualmente los cholos, morenos, crepitos, niseis y todos los demás discriminados ya se sienten libres, sin complejos, y mandan a la mierda a los supuestos blancos. Por tanto, se ha acabado también para ellos este pequeñísimo problema.

CLARA.- Bueno, vamos a resumir nuestro tema, ¿no te parece..?

ALUMNA.- En resumen, el indio discriminado por ser pobre empieza su ascenso social en la casa del patrón. De peón pasa a sirviente doméstico, y como máximo, se pone la chaqueta blanca del camarero o la negra del mayordomo. Si es mujer, se transforma en la famosa chola a quien persiguen el patrón y sus hijos, probando esa carne de cañón para así no embarazarse a las hijas de los señores. Menos mal, ahora que hay píldora, las bellas hijas de los patronos ya empiezan a recuperar a sus machos y éstos a su vez ya dejan más tranquilos a las sirvientas.

GONZALO.- Muy bien por este toque sexual, que a todo el mundo le gusta.

ALUMNA.- Pero la sirvienta puede ir por las tardes o noches a la escuela y acabar de costurera y convertirse en otra famosa y "Simplemente María", que tampoco existe, por supuesto; o también de la escuela puede pasar al colegio y la universidad, y entonces podrá viajar becado al extranjero e incluso casarse con un banquero norteamericano o suizo, que gustan

tanto de nuestras cholitas de pelo negro y gracia criolla. De este modo la antigua chola, gracias a su marido, podrá ser invitada de honor en casa de su antiguo patrón y podrá darse el lujo de dejar sobras de su comida.

PRIMITIVO.- ¿Y cuál es el porcentaje de esas mujeres con marido norteamericano o suizo?

ALUMNA.- El 0.00001%. En cambio, el mestizo macho se integra desde más temprano y en última instancia el grado de su integración depende de sus bolsillos. Si los tiene llenos, será un buen cholo y un buen ciudadano.

CLARA.- La última pregunta: ¿tú quieres o desprecias a los indios?

ALUMNA.- Lo ignoro, señorita, porque ya dije que los indios no existen.

CLARA.- Pero no lo has explicado bien.

ALUMNA.- Cuando se pregunta por la población económicamente activa del país, se descarta a los indios; cuando se habla de quiénes van a la escuela, no hay estadísticas fidedignas sobre ellos; cuando se trata de cuántas calorías contiene su alimentación, nadie responde con exactitud; cuando los estudiantes pasamos a la enseñanza media, descartamos a los indios, que se han quedado atrás; cuando alguien celebra su cumpleaños o su boda, no se les invita; cuando preparamos los regalos de Navidad, el niño Dios no trae nada para los indios; y por fin, cuando compras cualquier cosa de un ambulante, que ni siquiera es del todo indio, preferimos no mirarle la cara, porque es desagradable hacerlo. Por tanto, y debido a esta larga e incompleta enumeración, los indios no existen. Con que pasemos a otra cosa, señores del jurado, y no perdamos el tiempo. (Oscuridad).

Escena 6

Vestíbulo de la casa de los SEGOVIA.

SEÑOR SEGOVIA (ensayando, muy teatral).- ¡Un momento, señor!  
¡Los rumores escandalosos sobre su pasado no son nada comparados con esta dificultad que yo creo insalvable para su boda con mi hija..!

PABLO (fingiendo también).- ¿Cuál dificultad, por favor, cuál?

SEÑOR SEGOVIA.- ¡Usted, señor, según me he enterado debidamente, cometió hace algún tiempo un acto monstruoso, que raya en lo inconcebible..!

PABLO.- ¿Qué he hecho, Dios mío..?

SEÑOR SEGOVIA.- ... que sobrepasa la imaginación...

PABLO.- No me torture más, señor Segovia, ¿de qué se trata..?

SEÑOR SEGOVIA.- ¿Y todavía se atreve a preguntarlo..? ¡Busque en el fondo de su corazón y ahí verá la escena maldita en que usted disparó... ¡contra su propio padre!

PABLO.- ¿Yo, señor, yo..? (Ambos ríen). Muy bien ensayado. Recíbelo así. Nada de darle tiempo a que se explique... (Se calla súbitamente). Oigo pasos. Tiene que ser él. (Suena el timbre). Abriré yo.

PRIMITIVO.- Buenas noches, Pablo, buenas...

SEÑOR SEGOVIA.- ¡Fuera de mi casa, asesino!

PRIMITIVO.- ¿A quién le dice usted..?

SEÑOR SEGOVIA.- ¡Fuera, parricida, monstruo, fenómeno de la naturaleza, disparaste contra tu padre..! ¡Quítalo de mi vista, Pablo! ¡Fuera..! (Pablo empuja afuera de Primitivo y le cierra la puerta. Oscuridad).

Escena 7

Sala de sesiones de la Facultad. Solo, Primitivo lee

un diario.

PRIMITIVO.- "Matanza de indios campesinos en Urcón. Noticias llegadas a Huaraz confirman un serio levantamiento indígena en la hacienda Urcón. Todo pareció empezar con una protesta contra el capataz de la hacienda, quien luego de ser golpeado por los peones, retornó armado, matando a uno de ellos e hiriendo a otro, lo que prendió la chispa de un alzamiento que rodeó la casa-hacienda, con el dueño y el capataz adentro. Entonces la guardia civil se vio obligada a intervenir. Las primeras noticias indican que hay unos diez campesinos muertos y dos guardias civiles..." (Oscuridad.

Quando vuelve la luz, TIBURCIO Y PRIMITIVO, éste convertido en un joven veintiañero, entran huyendo. Los persigue el CAPATAZ, que va a disparar sobre Tiburcio, pero PRIMITIVO se abalanza sobre él, le quita el revólver y lo mata de un tiro). PRIMITIVO (abrazando a TIBURCIO).- ¡Por poco te mata, Tiburcio! ¿Estás bien..?

TIBURCIO.- ¡Maldito capataz del carajo!

PRIMITIVO.- ¿Lo he matado..? ¡Sí, he sido yo..!

TIBURCIO.- No lo laments. ¡Una culebra menos en el mundo! No hay tiempo que perder, niño Primitivo. ¡Escápate!

PRIMITIVO.- ¡Ya no me llames niño! ¡He matado a un hombre, no sé si estoy contento o avergonzado!

TIBURCIO.- Déjame el revólver. Aquí hallarán mis huellas, no te preocupes. Anda a la choza del Jacinto, el que murió hace días en la trifulca, disfrázate con sus ropas y huye a la costa; no tienes más remedio.

PRIMITIVO.- ¿A la costa..?

TIBURCIO.- Ahí tienes a tus tíos.

PRIMITIVO.- Sí, es verdad. Y es buena gente. Quizá escuchen mis razones y me protejan. La gente serrana entiende esta clase de crímenes.

TIBURCIO.- ¡No es un crimen, lo hemos ajusticiado...! Era una víbora que nos picaba a todos. Jamás debes sentirte culpable.

PRIMITIVO.- ¡Debo irme! ¡Adiós, Tiburcio, compañero y amigo! ¡No te olvides de mí!

TIBURCIO.- Serás tú quien me olvide. Pero eso no importa. Hazte un hombre juicioso y fuerte. Mañana más tarde podrás volver a este pueblo.

PRIMITIVO.- Ojalá no te traicione. He visto a muchos viajar a la costa y no volver jamás, o hacerlo totalmente cambiados. ¡Adiós...! (Huye).

TIBURCIO.- Así cambies, nuestro pueblo sabrá entenderte... (oscuridad).

### Escena 8

Casa de los SEGOVIA.

SEÑOR SEGOVIA (a su hija).- No sé si pedirte que hables con toda franqueza o te calles y me escondas esas porquerías de tu vida... Confieso que estoy por reventar... (Se sienta y se cubre los ojos, avergonzado).

CLEMENCIA.- Tú has querido las cosas claras; después no digas que te rompo el corazón... En efecto, me veo con Mario donde sea, aquí, o en su casa, o en un motel adonde vamos cada semana, y también en la playa o en tu auto...

SEÑORA SEGOVIA.- ¿Ha sta en el auto, como una...? ¿Y aquí, pero dónde? ¿No será en nuestro dormitorio...?

CLEMENCIA.- En el mío, pasamos ahí noches enteras...

SEÑORA SEGOVIA.- Pero ¿has perdido el juicio...? ¿No te respe-

tas a ti misma?

CLEMENCIA.- Claro que sí, no soy menos señorita que nadie. Y me he cuidado bien siempre, pero una noche lo dejamos al azar, corrimos el peligro, completamente seguros de que no pasaría nada... Pero ocurrió también, como ahora.

SEÑORA SEGOVIA.- ¡Dios mío! ¿O sea que no es la primera vez?

CLEMENCIA.- No, la primera fue hace dos años, cuando Pablo y yo viajamos supuestamente al Cuzco.

SEÑORA SEGOVIA.- ¿Supuestamente..?

CLEMENCIA.- Eso es, te mentí. Nos quedamos en la ciudad; Pablo me llevó a una clínica que todos conocen, está en el mejor barrio. Y ahí... pasó lo que no quería que pasara, pero acepté que no había otra salida. ¡Ah, mi noble hermano fue un gran apoyo! Mario no quería ni podía casarse conmigo.

SEÑORA SEGOVIA.- ¡No me hables de Mario! ¿Y Pablo sabía todo, entonces..?

CLEMENCIA.- Me sentí tan mal que Pablo, Mario y yo la pasamos en un hotel la semana siguiente a la intervención, primero tristes y casi llorando, y luego, cuando empezamos a resucitar, volvimos por nuestras viejas borracheras y salimos muy bien del bache. Y luego la celebramos, claro.

SEÑORA SEGOVIA.- Es lo más espantoso que he pído, jamás me imaginé que una hija mía...

CLEMENCIA.- Si pudiera casarme con Mario y él ~~podría~~ viviera a vivir a mi cuarto... Él es muy simpático, pero también un holgazán, ya lo sé. No necesitamos una casa distinta y además comemos muy poco. Claro que los cigarrillos y los tragos finos cuestan.

SEÑORA SEGOVIA.- ¡Olvida a ese sinvergüenza..!

CLEMENCIA.- ... y así nuestro segundo hijo sí que nacería. Pero ¿y si me aburro de Mario y lo sigo engañando? Porque a ése

que se cree muy despierto y muy Don Juan yo le saco la vuelta con un muchacho que ustedes no conocen. ¿Sabes? A ratos abro los ojos en la cama y no sé con quién estoy. Tengo que despertar al hombre para averiguarlo. ¿Por qué haré estas cosas, no? Pero ésa es otra historia. Quizá alguna vez me decida a escribir sobre mis aventuras, entonces la gente no me juzgará por ellas mismas, sino por el lenguaje en que van escritas. Ahora nadie es severo ni tienen por qué serlo. Ustedes los padres deberían saberlo y cambiar... Fíjate que el otro día...

SEÑORA SEGOVIA.- ¡Basta, a callar..! ¡Quien debería cambiar y volverse lo decente que fuiste de niña eres tú..! Nada de tristezas ni malos pensamientos: se trate de tu futuro y del maltrecho y sucio honor de la familia, que tú has arrastrado por los suelos... Y pensar que debo sonreír y ayudarte...

CLEMENCIA.- No te preocupes, mamá. Al viejo indio, al jefe de la tribu, lo tengo dominado. No hago más que sonreírle o cruzar las piernas para que me mire babeando... ¿Dices que he heredado el monstruo..?

SEÑORA SEGOVIA.- ¿Qué..? Oh, sí, por fin he muerto su tía y le he dejado dos buenas haciendas. ¡Pero, aunque así no fuese, yo te obligo a casarte con él! ¡Y esta vez me obedecerás, lo juro..!

CLEMENCIA.- Bueno, bueno, vamos a probar el lado idiota de las cosas, que ya probé el otro bastante. Te apuesto una gran comida en el chifa a que esta noche no sólo fijamos la fecha de la boda sino hasta el viaje de novios. Quiero ir a Estados Unidos, todas mis amigas lo han hecho y volveré diciendo que entiendo el inglés después de cuatro semanas. ¡Viva el lado idiota de las cosas..! ¿Dónde está la muchacha? Que nos sirva

un whisky ¿no te parece..?; *Vamos a celebrar!*

SEÑOR SEGOVIA (estallando, de pie).- ¡Esto es demasiado para mí! ¡Si me quedo, puedo asesinar a mi hija y luego suicidarme! Lo mejor, lo más discreto y lo más cobarde será irme; pero desde ahora mi corazón está tramando una venganza contra mi propia hija... ¿Pero esto he vivido..? (Sale).

(Suena el timbre. Abre la señora Segovia).

PRIMITIVO (entrando).- Buenas noches, querida señora. Hola, Clemencia. Qué suerte de hallarlas.

SEÑORA SEGOVIA.- La suerte es mutua, Primitivo... Justamente ahora nos estábamos preguntando si ya nos habrías olvidado. La verdad es que las últimas veces no nos hallaste en casa y no hubo tiempo de avisarte. Debes perdonarnos. Ya no se repetirán estas muestras de desatención para un caballero a carta cabal como tú.

PRIMITIVO.- Ya no se repetirán. Estoy absolutamente seguro.

CLEMENCIA.- Y también yo, Primitivo. He recapitado y he visto cuán injusta y cruel he sido contigo. Te juro aquí, delante de mi madre, que las cosas serán muy distintas y mucho mejores desde hoy.

PRIMITIVO.- Así seré, lo creo yo también.

SEÑORA SEGOVIA.- Bien, y ahora que nuestros lazos van a estrecharse más que nunca, antes de dejarlos solos y felices, sólo quiero bendecirles y darles un beso. Estaré adentro esperando la buena noticia.

CLEMENCIA.- Sí, mamá. Y gracias. Después de todo, eres tú la que tenía razón y sólo ahora he abierto yo los ojos.

PRIMITIVO.- Todavía no se vea, señora. Nos tomaré un minuto aclarar las cosas.

CLEMENCIA.- Oh, gracias, Primitivo, qué bueno eres. (Lo besa).

¿Me perdones el haber sido tan tonto y reacio a tu amor?

PRIMITIVO.- Te perdono lo que quieras.

CLEMENCIA.- ¡Oh, mamá! ¡Soy tan feliz! ¡Esto hay que celebrar! ¿Whisky o champagne, Primitivo?

PRIMITIVO.- No, muchas gracias. En verdad yo sólo venía a saludarlas, ver cómo estaban y despedirme...

CLEMENCIA.- ¿Cómo, tan pronto..? Ni siquiera hemos hablado a solas, sobre los detalles de...

PRIMITIVO.- ¿De qué, se puede saber? Tú me pides perdón por el trato que me has dado en el pasado, yo te lo concedo y sentas pascuas. Así cada uno se va por su lado y adiós.

SEÑORA SEGOVIA.- ¡Pero, cómo..! ¡Yo creí que venías a arreglar las cosas..!

CLEMENCIA.- ¿Me estás tomando el pelo, Primitivo? ¿Te atreves a eso?

PRIMITIVO.- ¿Yo? Imposible.

CLEMENCIA.- Un momento. ¿No has venido a recibir una especie de respuesta formal..? ¿No me pediste la mano la otra noche..? Pues desde entonces no nos hemos visto. Ahí tienes mi mano. Es tuya.

PRIMITIVO.- Así veo... La vida nos trae las sorpresas más increíbles... Jamés me imaginé a mí mismo recibir tu mano, sentir su tibieza como la emanación de un pequeño sol interior, mirarla como a un misterio por todos lados, y dejarla ahí, en su sitio.

SEÑORA SEGOVIA.- ¿La rehusas..? ¡La rehusas..!

CLEMENCIA.- ¿Me rehusa..? ¿Veo bien, mamá..?

PRIMITIVO.- ¿Qué creían ustedes? Que el pobre Primitivo iba a estar esperando siempre a la puerta de la princesa? Yo también he abierto los ojos.

MENCIA.- ¿No habrás creído algunas cosas que se dicen  
re mí y Mario, verdad..? ¡Son falsas, chismes y envidias  
la gente que se llama decente!

MITIVO.- Oh, no. Soy un hombre, no un joven imberbe, y  
me asusta el que una muchacha haya tenido un amante... o  
. En absoluto; estaba dispuesto a casarme incluso la úl-  
a noche que fui maltreado por tu padre y tu hermano en  
a misma sala. Y tampoco me asustan otras cosas que pueden  
er surgido desde entonces: tienen que ser una consecuencia  
lo anterior. No, lo que ocurre es que me has decepcionado.

MENCIA.- ¿Que yo te he decepcionado..? ¿Yo a ti..?

MITIVO.- Tú a mí. Y cuando se siente una decepción, que  
como descubrir el mayor vacío, el más antiguo, el que  
ca estuvo lleno de nada sino de una ilusión, uno siente al  
mo tiempo que ha llegado a tocar algo profundo y nuevo,  
e uno ha crecido y se ha despegado de muchas cosas inneces-  
rias. Y ese sentimiento no equivale a un dolor. Es en el  
ndo una alegría. Te agradezco, pues, porque una joven her-  
sa y de buena familia y tan admirada por jóvenes como Mario  
haya permitido que yo la pretendiera, pero actualmente  
no tengo la menor intención de casarme con nadie...

NORA SEGOVIA.- ¡Profesor Canchis..! ¿Es usted capaz de  
a cosa así..?

MENCIA.- ¿Te das el lujo de rehusarme después de haberme  
plicado como a una santa, después de tenderte como un fel-  
do a mis pies..?

NORA SEGOVIA.- ¡Tenía que ser un maleducado, un hombre bas-  
y sin clase.., un..!

MITIVO.- Buenas noches, señoras. No debí ser tan mal hombre  
ando hasta me escogieron para padre de un hijo en camino,

¿verdad? (Se dispone a salir).

CLEMENCIA (arrojándole un vaso que se hace añicos contra la puerta).- ¡Maldito seas...! (Oscuridad).

### Escena 9

Un paraje en la sierra de Ancash. Al fondo, grandes piedras, y desde ahí, cruzando diagonalmente el escenario, un camino de herradura bajo algunos álamos. Ha terminado una batalla campal y TIBURCIO y los suyos yacen heridos o muertos. No se oyen las voces de los heridos, sólo sus ademanes. TIBURCIO trata de incorporarse, pero luego se desploma, muerto. En primer plano, el SUBPREFECTO y sus dos AYUDANTES, el primero armado con revólver y lloque (un bastón nudoso y fuerte), y los AYUDANTES con fusiles y revólveres. Los tres aparecen sentados y muy cansados, limpiándose el sudor.

AYUDANTE PRIMERO.- ¿A qué hora repasemos a los heridos, señor?

SUBPREFECTO.- Un momento, muchacho, déjame respirar... ¿Te queda un trago en la botella? A ver, gracias... Pero esto es aguardiente puro, ¿no tienes agua?

AYUDANTE SEGUNDO.- Iré a traer del riachuelo. (Sale).

SUBPREFECTO.- Todavía descensemamos un rato. Total, de aquí a diez o quince minutos van a morir unos cuantos más, sin que movamos un dedo. (Ríe). ¿A qué agitarnos más? ¿O me dirás que tú estás fresco?

AYUDANTE PRIMERO.- ¡Qué va! ¡Si no puedo mover el brazo derecho! Perdí el fusil y tuve que recoger el sable de un guardia y defenderme con él. ¡Yo que en mi vida he manejado un sable! ¡Pero se aprende en seguida! ¡A uno de los indios casi le vuelo la cabeza de un tejo, faltó poquito, se le quedó prendida del cuerpo por una tira de su pellejo! ¡Si el Go-

bernador me pide de nuevo ser síndico, tendré que cobrarle mucho más!

SUBPREFECTO.- Con lo que has demostrado esta mañana, ya puedes postular para guardia civil! (Vuelve el AYUDANTE SEGUNDO). Y a propósito, ¿dónde están los guardias? ¿Por qué no vienen aquí?

AYUDANTE SEGUNDO.- Le traigo agua en mi sombrero, no hay en qué más. (El SUBPREFECTO bebe del sombrero, chorreando el agua). Ahí detrás hay una choza junto al riachuelo. Los guardias están lavando sus uniformes y una de las indias prisioneras les está haciendo café.

AYUDANTE PRIMERO (riendo).- Les está dando café y otras cosas... (Observa con atención a los muertos y heridos). ¿Cuál de ellos es Tiburcio, el cabecilla, el culpable de todo..? Yo lo perdí de vista. ¿No era el del poncho habano..?

SUBPREFECTO (puesto de súbito en pie).- ¿No les dije? ¡Se escapó..! ¡No estaba herido..!

AYUDANTE SEGUNDO.- Que sí, señor, es el de la camisa blanca, que ahora es roja, por supuesto, toda empapada en sangre. (Va a examinar el cadáver). Ya terminó de agonizar.

SUBPREFECTO (volviendo a sentarse).- Me pareció que se movía. Mucho cuidado con él. Seré el primero que rematemos y luego nos quedaremos junto a él un buen rato, por si acaso. Tráiganlo más aquí, donde pueda verlo mejor. (Los AYUDANTES arrastran el cadáver de Tiburcio. Hacia el AYUDANTE PRIMERO). Tú, dispárale.

AYUDANTE SEGUNDO.- Está bien muerto, don. ¿Para qué gastar pólvora en gallinazo?

SUBPREFECTO (de nuevo, hacia el AYUDANTE PRIMERO).- ¡Dispárale, te digo!

AYUDANTE PRIMERO.- ¿Con revólver o con fusil?

SUBPREFECTO.- ¡Qué pregunta! ¡Como te sientes más seguro! (El AYUDANTE PRIMERO dispara a Tiburcio con el revólver). Eso es... Ahora nos sentaremos alrededor de él para que no haya dudas... Sigamos conversando, fingemos no verlo, a lo mejor ya despertará... Ustedes son todavía muy jóvenes, pero así como han aprendido a manejar las armas, así también deben aprender a pensar; hay todo un arte de aclarar las ideas... Mirando a nuestras espaldas, por ejemplo, cualquier persona que desconozca la sierra quizá vería una tropa de indios e indias, heridos y moribundos, quejándose a gritos y pidiendo auxilio para que los lleváramos a un hospital... Pues nada de eso sería cierto. Ni quieren salvarse, ni que les prestemos ningún auxilio; lo que desean es morir en el mayor número posible, para echarnos la culpa y que algún tonto crea en nuestra crueldad y nuestra injusticia. Ellos sabían que por acá no hay hospitales ni médicos, en muchos kilómetros a la redonda, y sin embargo, se obstinaron en pelear aquí. Además, yo mismo hablé dos veces con Tiburcio, o mejor será decir que parlamenté con él, como en las grandes batallas, cada uno agitando un pañuelo blanco como banderas de tregua. Le dije que retirara a sus indios, que la matanza de ayer no era culpa de nadie, había sido un accidente, a un guardia se le disparó el fusil y mató a un peón por pura casualidad...

AYUDANTE SEGUNDO (riendo).- Usted siempre muy inteligente, don... ¿Y la matanza de ayer cómo se le explicó..?

SUBPREFECTO.- Muy fácil. Que Tiburcio reunió a doscientos peones sin motivo, sólo para provocarnos y rodear la hacienda, amenazando a los patronos. Ellos no nos atacaron, es verdad, carecían de armas, pero iban a hacerlo de todos modos, y nosotros nos adelantamos, fuimos más rápidos, eso fue todo.

Total, le hice el balance de veinte muertos suyos y dos nuestros, y del propio Tiburcio herido por primera vez... Y no recordé esas bajas para señalar la desproporción de la lucha, sino para asustarlo...

AYUDANTE PRIMERO.- ¡Usted es cosa seria, doncito..!

SUBPREFECTO.- No me oyó, por supuesto. Para él es imposible entender que no nos interesa matar a estos desgraciados. Ni ustedes, ni los guardias, ni yo conocemos personalmente a ningún campesino, y tampoco nos importa quiénes sean o si tengan choza o no. No nos metemos con ellos, simplemente. Pero ellos, dele a molestar todo el tiempo, a pedir cosas difíciles, jornales en serio, buenas balanzas al pesar los granos, descuentos si las cosechas salen malas, semillas comprobadas antes de usarse, lo que fuere, y siempre con un cecillo por delante, que no busca el cumplimiento de los reclamos sino su propia figuración personal, a ver si así lo conocen en otra comunidad, o si deslumbre a alguna chola para acostarse con ella, ya que, por suerte para nosotros, ellos todavía carecen de periódicos y radios, aunque ya esa nueva lacra de investigadores sociales esté girando como moscas en torno a los muertos y heridos de cada pelea. Ustedes deben estar, pues, atentos a esa deformación de las cosas, y descubrir tarde o temprano la verdad, que estos indios no se matan solos, siempre complican a la autoridad para metarse a través nuestra, esto es, para suicidarse con nuestra ayuda... Esa es su obsesión: que nosotros participemos en su... cómo diré... autodestrucción, o mejor aún, en su autoinmolación...

AYUDANTE PRIMERO.- ¿Que ellos se suicidan con nuestra ayuda..? Jamés lo había pensado así...

AYUDANTE SEGUNDO.- ¿No te lo dije..? Es muy inteligente el señor subprefecto...

SUBPREFECTO (al AYUDANTE SEGUNDO).- Ahora te toca a ti. Dispárale.

AYUDANTE SEGUNDO (examinando a Tiburcio, inmóvil en el suelo).- Está muerto, señor.

SUBPREFECTO.- No te confíes. Mételo de nuevo.

AYUDANTE PRIMERO.- Dispárale como hice yo. ¿Qué te cuesta? Una bala más, una bala menos. Hay que estar seguro.

AYUDANTE SEGUNDO.- ¡Pero si está requetemuerto!

AYUDANTE PRIMERO.- ¡Dispárale, he dicho! ¡Es el cabecilla, el culpable de todo!

AYUDANTE SEGUNDO.- Bueno, si lo quieren. Pero me parece una tontería (le dispara con el fusil). ¿Podemos irnos ya? Vámonos al menos a tomar un café.

SUBPREFECTO.- Todavía no. Siéntate junto a él y obsérvalo un rato más. Hay que estar absolutamente convencido.

AYUDANTE SEGUNDO.- ¿Lo dice usted en serio? (Se pone a examinar minuciosamente a Tiburcio).

SUBPREFECTO.- Así es, muchacho. Estas batallas no acabarán nunca. Créeme. Es como una sola pelea continua desde que yo tuve tus años hasta ahora. Les disparas y los dejas bien muertos, o si no, abandonas a los heridos creyendo que van a morir, pero no mueren, la pelea jamás termina, los pobres diablos tienen siete vidas, como los gatos. Son una maldición para mí, no me dejan vivir en paz, ni salir de paseo con mi familia, ni nada... De pronto, a mediodía o a medianoche, me despiertan por un alzamiento en Urcón, otro en Ayaviña, otro en Sihuas, otro en Andaymayo, esto ya no es vida... Y el Prefecto que no da la cara, el muy miedoso no sale de su gran casona de Hueraz. ¡Soy yo el que tengo que vérmelos con ellos...!

AYUDANTE SEGUNDO (que ha examinado también a los heridos).-

¿Vamos a tomar el café? Tiburcio está absoluta y totalmente muerto. Y los heridos están yéndose poco a poco, sin salvación posible.

AYUDANTE PRIMERO.- Bueno, vamos.

SUBPREFECTO.- A ver, sí, vémonos finalmente... (Pero sólo avanza unos pasos, se vuelve en un súbito ademán y se lanza a golpear con el lloque a Tiburcio). ¡Ah, te vi cómo abrías un ojo, desgraciado...! (Oscuridad).

### Escena 10

Mismo paraje serrano de la Escena 2 del Acto Primero. Entran los profesores PRIMITIVO, GONZALO y CLARA (ésta con un ramo de flores) con la misma vestimenta de dicha escena. Los acompaña OTRA MUJER, lugareña de traje corto pero que use "pañolón" o rebozo.

OTRA MUJER.- Aquí es, señor, aquí (señala un lugar del suelo).

PRIMITIVO.- ¿Estés lo que se llama segura?

OTRA MUJER.- Sí, señor.

CLARA.- ¿Por qué?

OTRA MUJER.- Yo vi cuando lo trajeron a escondidas y lo enterraron después de la matanza.

PRIMITIVO.- ¿De cuál matanza, precisamente?

OTRA MUJER.- La del camino a Andaymayo, junto el primer vado del riachuelo. Fue el tercer día de peleas seguidas contra el Subprefecto, el Borracho Mendoza.

PRIMITIVO (con muestras de júbilo, se abraza con Clara y Gonzalo).- ¡Vaya, por fin! ¡Los datos coinciden! ¡Tiene que ser aquí...! ¡Lo conseguimos!

OTRA MUJER.- El Tiburcio fue herido el primer día, pero así y todo siguió peleando primero con un fusil y luego con su

lloque, hasta que retrocedió por el camino a Andaymayo, donde hubo dos peleas más. Sólo en la tercera pudieron con él. Lo remataron muchas veces en el suelo.

CLARA.- Imagínense, un héroe de medio país, enterrado aquí, sin una señal, sin una lápida y ni siquiera una cruz, esa señal de una religión obligatoria.

PRIMITIVO.- Eso lo arreglaremos nosotros ahora mismo. Mandaremos hacer una lápida y pondremos aquí una placa recordatoria. Lo importante ha sido descubrir la tumba (se inclina sobre ella y toca la tierra), encontrarte por fin, querido Tiburcio, inolvidable amigo y protector mío... Empieza, Gonzalo...

GONZALO (mientras Clara coloca el ramo de flores sobre la tumba).- Venimos aquí en peregrinación. Venimos a sentirte, Tiburcio. Sólo tienes un nombre, como los héroes antiguos. Los acá reunidos somos gente de paz, que hacen lo posible por contener la violencia de sus corazones, y ya que nuestra cólera sólo se resuelve en memoria y tristeza, venimos a rendirte un homenaje en la única forma en que creemos los ilusos, los inermes, los sometidos, los que no mandamos ni mandaremos en ninguna parte... (Continúa diciendo -esto es, recitando lo menos posible-el poema siguiente:

Oh, tú, peloma y cóndor  
gorrión dulce y feroz  
cernícalo estupendo  
dueño del cielo  
que descubres  
y señalas desde arriba a las  
culebras, cerdos y sapos  
entre los que se mueve el  
hombre limpio y lavado

ayúdenos a no olvidarte  
 libérenos del letargo  
 abre nuestros ojos...  
 Oh guía sucio y hermoso  
 de este mundo donde el  
 rico es muy pobre y no lo sabe  
 y el pobre es digno pero no está seguro y tiembla.  
 Paloma y cóndor  
 amigo perdido  
 no rogamos por ti  
 sino maldecimos en tu nombre  
 nos llenamos la boca de espuma  
 la rebie de espuma  
 venimos sólo a turbar el sueño  
 del enemigo,  
 ni siquiera a despertarlo,  
 sólo a meternos en su sueño  
 y prepararlo desde dentro  
 a fin de volver algún día  
 no sabemos cuándo  
 no sabemos cuándo...

Luego, se hace un profundo silencio. CLARA, GONZALO y PRIMITIVO inclinan la cabeza y salen, acompañados de la OTRA MUJER. Entren el SUBPREFECTO y sus dos AYUDANTES, éstos armados de lloques.

AYUDANTE PRIMERO (a su compañero, en voz baja).- ¿Y hasta qué hora nos tendrás el viejo hoy día?

AYUDANTE SEGUNDO.- Esperemos como siempre, unos minutos más y luego lo dejamos hablando solo con Tiburcio. Después se quedará dormido. Pronto nos escaparemos a la chichería.

SUBPREFECTO.- ¿Y dónde está mi silla?

AYUDANTE PRIMERO (saliendo).- Oh, perdón, me olvidé. Voy por ella.

AYUDANTE SEGUNDO.- Mire, hay otro ramo de flores en su tumba. Y un ramo de gente decente, no de indios como hasta ahora.

SUBPREFECTO.- Déjala, después me la llevaré a casa. A mi mujer le gustan mucho los ramos buenos.

AYUDANTE PRIMERO (volviendo a entrar).- Aquí está su silla. ¿Se la pongo justo encima..?

SUBPREFECTO.- Justo encima... (El AYUDANTE PRIMERO coloca la silla encima de la tumba). No ocurriré como la vez pasada, que lo dejamos en el campo de batalla y desapareció después. Aquí me siento bien tranquilo, e incluso puedo echar una pestañadita (se sienta en la silla). Hay que vigilar todo por completo, hasta cuando uno duerme la siesta... Nada de sorpresas de parte del enemigo, ninguna, por extraña, descabellada o absurda que parezca... A mí no me engañen ni los Tiburcios vivos ni los Tiburcios muertos... No podrán conmigo ni veinte pobres diablos como él...

TELON

M A M A

S U E N O

Pieza en un acto y dos escenas

por

C. E. Zveleta

Madrid, 1980

---

## ESCENARIO

Petio de una rústica casa de dos pisos, en un pueblo de la sierra de Ancash, Perú. Al fondo, el zaguán que da a la calle (scenas visible en un tramo). A la derecha, dos puertas, una el comedor y otra a los dormitorios; a la izquierda, el vano sin puerta de la cocina y más allá la pequeña verja del establo. Como únicos muebles sobre el piso desniveledo de tierra, un trípode con levatorio, una jerra grande de agua, y una banca larga y desnuda. En uno de los pilares que sostienen el segundo piso, se ha colgado un espejo y en otro la tohella. Del segundo piso cuelgan sobre el petio jamonas serranas, es-tribos, jetos, monturas para caballos y espejos para barricos. Época: década de los cincuenta.

## PERSONAJES

ALFONSO, joven universitario limeño, hermano de Cecilia.

LUCAS, dueño de casa, hombre besto de unos cuarenta años, de carácter firme aunque bondadoso; aparece en pantalones de montar.

CECILIA, esposa de Lucas, más joven que éste; mujer despierta y satisfecha de vivir.

ADEGUNDA y ESPRAS, niños de ocho años y adolescente de catorce, respectivamente; hijos de Lucas y Cecilia.

CORINA, mujer india, de unos cincuenta años; no habla bien el castellano, pero tampoco comete demasiados errores de construcción o dicción. Descalza, usa faldas de color oscuro, hasta el suelo, y una blusa o "manillo" de tonos muy vivos. Su traje anticuado y modesto contrasta con los modernos de los demás personajes.

¿Cómo se llaman, cúmulos, cirros..? Los costeños sabemos poco de nubes. ¡No me digas que ves e quiterete lo chompe..? ¿Con este frío? ¿Y le camiseta también..? ¡Increíble! ¿Cómo puedes soportarlo? Estamos casi e cuatro mil metros de altura y sin duda e unos dos o tres grados sobre cero. ¿No lo sientes..? ¿Y todavía te ves e lever acá, e la intemperie..?

LUCAR.- Pues sí, ¿por qué no? El frío es un gran tónico para nosotros. Sin este clima no se hubieran hecho tantas cosas en la sierra...

ALFONSO.- Pero el menos el agua estará siquiera tibia... A ver...

LUCAR (enjabonándose la cara y los skiles).- Muchacho, el agua es lo mejor que tenemos aquí, junto con el pan y la leche, claro.

ALFONSO.- ¡Pero si estás casi congelado! ¡Te apuesto e que le felte poco para convertirse en un edoquín! ¿No tendrás por acá un termómetro?

LUCAR (riendo).- No, jovencito, nadie tiene termómetros en un pueblo serrano. Son cosas refinadas e inútiles de la costa.

ALFONSO.- Bueno, pero se puede calentar el agua; no tienes más que llamar e la sirviente, ¿cómo se llama?, Culi...

LUCAR.- ¡Culli! El quechua es más dulce; es un diminutivo

de Corina. Y elle no es nuestro sirviente, sino nuestro mucheche; así le llamemos aunque tenga cincuenta años...

ALFONSO.- ¡Pues pídele a Corina que traiga agua caliente!

LUCAR.- Se me reiría en las narices, como si yo estuviera enfermo o fuere uno de esos de sexo equivocado, como hay muchos en la costa y que debes conocer bien... digo, de visita... ¿No me dirás que te lavaste con agua caliente en la pensión?

ALFONSO.- Claro que sí.

LUCAR.- ¿Y qué te dijo la mucheche?

ALFONSO.- Se rió, pero me lavé con un agua deliciosa. A propósito, ¿no hay en el pueblo otra pensión, que tenga un apartamento, así sea rudimentario y más o menos parecido, aunque fuese de lejos, e... una ducha?

LUCAR.- No, Alfonso, te lo dije ayer. Hay una sola pensión, la de la Puerta Julia, donde te hospedas, pero sin ducha. Las otras dos son posesiones para indios, unos pesebres donde los pobres duermen en el suelo, pero también pegan por ello, como cualquier cristiano. (LUCAR termina de arreglarse).

ALFONSO.- Pero ¿sabes? Ahora que veo vestirme en pleno petio, gozando de este aire puro, y cuando pienso que estoy lejos de la oficina, e cientos de kilómetros, la vida acá no me parece tan mal. ¿Por qué no damos un peso antes del desayuno?

LUCAR.- Lo siento, yo no me peso nunca; debo ir a la chigre. Además, tendrías que cambiarte esos zapatos.

ALFONSO.- ¿Qué peso con éstos? Me costaron un plotel en el Jirón de la Unión. Son ingleses, ni siquiera limeños.

LUCAR.- Aquí esos no resisten una caminata. Y también tendrías que quitarte la corbata, y esa camisa fina, hay mucho polvo...